

ZONA MISERICORDIA

Ray Lester

CIENCIA FICCION

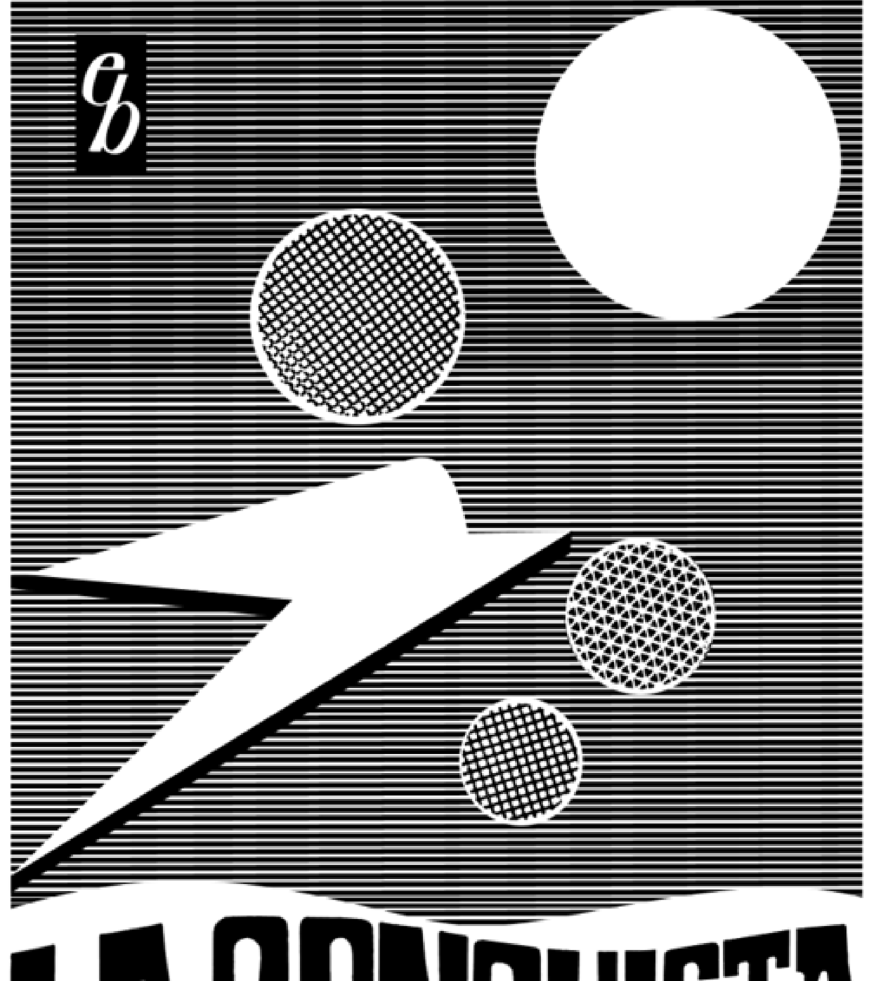
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

ZONA MISERICORDIA

Ray Lester

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *Peligro de invasión,* Alf Regaldie.
2. — *Operación «Morituri»,* Adam Surray.
3. — *El enigma de Hurx,* Kelltom Mclntire.
4. — *Cita en el futuro,* A. Thorkent.
5. — *Satán en el espacio,* Marcus Sidéreo.

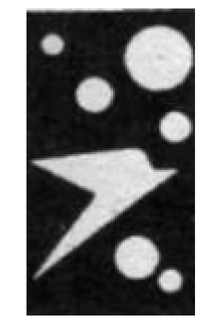
RAY LESTER

ZONA MISERICORDIA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 371

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 26.204 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

George H. Colé, general jefe de la Milicia Astral en Base Marte, dio una fuerte chupada al grueso cigarro sin nicotina y sosteniéndolo entre los dedos miró al hombre que tenía al otro lado de la mesa, yendo directamente al asunto:

—La misión que lo llevará a Júpiter puede considerarse como extremadamente peligrosa, mayor. —Lo he supuesto, general.

—Sin embargo, usted gozará de cuantos privilegios considere oportunos para el buen fin de la misión. Ni siquiera el general jefe de Base Júpiter podrá interferir en sus planes.

Randall hizo una mueca.

—Siempre es un consuelo.

—Iré derecho al grano porque no me gustan los rodeos, mayor —dijo a renglón seguido el general Colé—. Como usted sabe, sólo una octava parte del planeta Júpiter se encuentra totalmente controlado por la Milicia Astral terrestre. A muchos colegas el avance logrado les parece ridículo. No tienen en cuenta que tan sólo llevamos cinco años en ese gigantesco planeta y aducen que en Júpiter no existe vida animal que pueda dificultar nuestros movimientos.

Randall aprovechó la pequeña pausa que hizo el general Colé para comentar:

—Los biólogos siguen sin descifrar el misterio, ¿verdad, general?

— ¿Se refiere a la vida vegetal?

—En efecto. No deja de ser un gran enigma que en Júpiter exista vida vegetal y no se encuentren indicios de vida animal.

El general Colé sacudió la cabeza.

—Ni ninguna clase de vida inteligente, mayor Randall. En eso nos hallamos exactamente igual que hace cinco años. No se han encontrado rastros que puedan hacer sospechar la existencia de seres inteligentes en el planeta.

—Es algo incomprensible.

George H. Colé hizo un ademán.

—Deje ese trabajo para los biólogos, Randall. Nosotros nos ocuparemos de otro asunto.

El mayor Greg Randall dio una cabezada afirmativa.

Era un hombre de unos treinta y dos años. Tenía unos cabellos negrísimos y sus oscuras pupilas poseían la penetrante mirada de un halcón. El cuadrado mentón denotaba una firmeza de carácter poco común. Su cuerpo era atlético, de fibrosa musculatura.

Colé dio otra larga chupada al cigarro y apuntó con él a Randall.

—La zona Misericordia, ese vasto sector de Júpiter lleno de impenetrables selvas, cuya superficie es dos veces superior a la de la Tierra, nos ha hecho perder a diecinueve hombres en los últimos meses. Pero será mejor que se lo empiece a explicar por el principio —

hizo un breve inciso el general Colé y no tardó en seguir—: El 12 de mayo del pasado año se internaron en zona Misericordia el capitán Moore y cuatro hombres. Iban en vuelo de reconocimiento y de repente se perdió todo contacto con ellos. Desaparecieron misteriosamente y nunca se ha vuelto a saber de ellos. Todas las misiones de rescate resultaron infructuosas y sólo sirvieron para sembrar el desconcierto en Base Júpiter.

— ¿Qué tipo de vehículo utilizaron, general?

—Un PZ-24 como es habitual en esa clase de vuelos.

— ¿Y no encontraron el menor rastro de esos hombres?

—Ni el más leve indicio que pudiera explicar lo ocurrido —dijo Colé, mirándolo fijamente—. Y el 8 de octubre se produjo otro suceso similar al anterior. Esta vez fue el mayor Lorrian y seis tripulantes los que desaparecieron en las mismas circunstancias que Moore y los suyos. En los dos casos la comunicación con la base se interrumpió bruscamente y nadie delató un peligro eminente. En el momento de las desapariciones todo parecía marchar con absoluta normalidad.

El mayor Greg Randall se masajeó el mentón.

—Zona Misericordia es un territorio inconmensurable, general. Hallar los restos de unos vehículos estrellados es algo casi imposible.

— ¿Qué le hace suponer que los dos PZ-24 se estrellaron?

—Es una deducción lógica.

—De acuerdo, Randall —concedió Colé—. Sin embargo, esa teoría se descartó, ya que si esos vehículos se hubieran estrellado, la base lo habría detectado por la lógica explosión. Por otra parte se sabía aproximadamente el lugar donde se hallaban ambos PZ-24 en el momento de producirse el cese de la comunicación. Las patrullas de rescate se movieron en un radio de mil millas sin poder encontrar el menor rastro de ellos.

—Es muy extraño.

—Es exactamente lo que piensa el Estado Mayor. Pero lo más asombroso ocurrió en la desaparición del tercer vehículo.

Greg Randall esperó a que el general siguiera hablando.

Y éste no le hizo esperar demasiado:

—El 21 de enero de este año despegó de la base el mayor Ryan y seis tripulantes en rutinario vuelo de exploración. Se adentraron en la zona Misericordia y durante las primeras siete horas nada anormal sucedió en las transmisiones. Sin embargo, todo cambió de repente. En el receptor de la base se empezaran a escuchar sonidos ininteligibles. Los operadores encargados de controlar el vuelo pidieron al PZ-24 de Ryan que cambiaran de canal y repitieran lo que estaban diciendo, ya que nada entendían. Poco después llegaron hasta ellos algunas frases sueltas. Algo semejante a: «Parece increíble que esto sea cierto...» «No debemos permitir que nos...» « ¡Necesitamos ayuda desesperadamente!» Y eso fue todo. Han transcurrido veinte días y absolutamente nada se ha podido averiguar del PZ-24 del mayor Ryan.

Randall miró, interesado, a su superior.

Luego dijo, hablando despacio:

—Si analizamos la segunda frase todo parece indicar que se encontraron con alguien o «algo» que les sorprendió, general.

Colé dio una cabezada aprobativa.

—A esa conclusión hemos llegado nosotros. Fue una lástima que no pudieran completar esa frase, ya que en estos momentos tendríamos una ligera noción de lo sucedido.

— ¿Los operadores de la base están seguros de haber escuchado exactamente esas palabras?

—Ellos aseguran que sí. Como ya sabe, los equipos receptores están fusionados en parejas.

—Lo cual hace casi imposible el error.

—En efecto.

—Supongo que se intentó por todos los medios establecer contacto con el vehículo desaparecido.

—Puede estar seguro de eso, mayor. Los operadores de la base lo probaron todo, pero, desgraciadamente, los resultados fueron negativos.

—Comprendo.

—El PZ-24 de Ryan emitió frases incoherentes en los últimos momentos. Ni una sola vez respondieron a las peticiones que se le formularon desde la base.

El mayor Randall permaneció unos instantes en actitud meditativa y a continuación inquirió:

— ¿Se ha descartado la posibilidad de que fueran atacados por animales de superior inteligencia?

—No se ha descubierto vida animal en Júpiter, mayor.

—Pero sólo hasta este momento, general —dijo, suave, Randall —, Yo tengo mi teoría particular a ese respecto.

—Usted ha estado varias veces en Júpiter, mayor. ¿Dispone de datos para fundamentar su teoría?

—Simples conjeturas.

El general Colé torció el gesto.

—Antes le dije que corresponde a los biólogos averiguar si hay vida animal en ese planeta, mayor. A nosotros lo único que nos interesa es averiguar el paradero de esas tres naves tierra-aire desaparecidas en zona Misericordia.

—Ya. Pero si descartamos la posibilidad de que esos hombres fueran atacados por otros seres..., ¿qué explicación lógica nos queda?

Colé le miró fijamente.

—Eso es lo que usted debe averiguar, Randall.

El mayor Greg Randall no se sorprendió en absoluto por las lentas palabras pronunciadas por su superior. Se limitó a guardar un breve silencio y luego preguntó:

— ¿Esa es la misión que se me encomienda, general?

—Sí —respondió George H. Colé moviendo la cabeza en sentido afirmativo—. Usted ha sido elegido como hombre ideal para llevarla a cabo, mayor.

Randall emitió una risita.

— ¿Debo considerarlo un honor?

—No tenga la menor duda de ello, mayor Randall. Nos ha llevado muchas horas decidir que usted es de las pocas personas capacitadas para hacer esa investigación en zona Misericordia.

Randall hizo una mueca.

—Supongo que habrá un plan preconcebido, ¿no?

—Supone bien, Randall —dijo el general—. En el fichero de Base Marte elegirá usted a seis personas de su absoluta confianza y que actualmente se encuentren aquí prestando servicio. Mañana partirán para Base Júpiter y allí se presentarán al general Pierce Baldwin que les facilitará todo cuanto necesiten. Deseamos que se adentren en zona Misericordia utilizando un PZ-24.

El mayor torció el gesto.

—Me inspiran más confianza los M-301, general.

—Desde luego. Pero los tres vehículos desaparecidos eran PZ-24 y deseamos que viajen en uno de ellos. Parece ser que son vulnerables a algo que desconocemos.

Greg Randall rió, un tanto irónico.

—Me da usted un alegrón, general Colé.

Como si no hubiera escuchado el comentario, siguió el general:

—Entre las seis personas que deberá elegir tiene que haber un biólogo y un técnico de comunicaciones, Randall. Los otros cuatro tienen que ser hombres curtidos en la lucha que puedan ayudarle si se presenta la ocasión.

Randall le estaba mirando, extrañado.

— ¿Ha dicho un biólogo?

—Eso es —sonrió Colé—. Como puede comprobar, nosotros también albergamos dudas respecto a la existencia de vida animal en Júpiter. Será de gran ayuda si se encuentran con algo raro.

—Comprendo.

CAPÍTULO II

El general George H. Colé dejó las seis fichas sobre la mesa y levantó la mirada posándola en el rostro del mayor Randall.

—Uno de estos hombres no puede ir con usted, mayor.

— ¿Cuál?

—Rafael Morales.

Greg Randall no alteró ni un músculo del rostro.

— ¿Por qué, general?

—Morales está destinado a servicios especiales.

Randall tardó unos segundos en hablar, y antes de hacerlo respiró profundamente.

—Estamos desperdiciando a un hombre de valía haciéndole servir como criado de oficiales, general.

—Este no es asunto nuestro, mayor —replicó secamente Colé—. Encontrará usted a otro hombre que ocupe el sitio de Morales.

—Posiblemente —movió la cabeza Randall—. Pero si aparecen

problemas en zona Misericordia me gustaría que Rafa Morales estuviera a mi lado. No he visto en Base Marte a nadie que se le pueda comparar.

George H. Colé chasqueó la lengua.

—Lo siento, mayor.

—Yo también lo siento, general. Tendrá que buscar a otro jefe que se haga cargo del grupo.

El general frunció el ceño.

— ¿Cómo dice?

—Que renuncio a la misión.

El semblante de Colé enrojeció.

— ¡Usted no puede...!

—Perdone, general —le cortó fríamente Randall—. En los estatutos de la Milicia Astral existe un párrafo en el que se dice bien claro, que toda misión peligrosa debe ser llevada a cabo por miembros voluntarios. Y de ningún modo me presento voluntario para meterme en zona Misericordia, señor.

Hubo un corto silencio y Colé dejó escapar un resoplido.

—Tiene usted la sartén por el mango, ¿eh, Randall?

El mayor sonrió, abiertamente.

—Eso parece, señor.

—Escuche, Randall... —se tornó persuasivo el general—. Cuando Morales fue destinado a servicios especiales debió de ser por un motivo poderoso. En la Tierra no acostumbran a...

—Yo puedo decirle las causas por las que Rafa Morales fue destinado a ese denigrante servicio, general.

Colé boqueó, asombrado.

— ¿Usted?

—Fui muchos años compañero de él.

— ¿Y qué hizo Morales, Randall?

El mayor sonrió bajito y después de unos instantes empezó a decir:

—Rafa Morales fue enviado a Londres con una misión civil bastante delicada. La realizó a plena satisfacción de sus jefes, pero cometió el error de presentar una cuenta detallada de gastos. Al final de ella escribió textualmente: «1.500 dólares porque uno no es de piedra.»

El general George H. Colé se quedó mudo de asombro.

— ¿Quiere decir que se gastó 1.500 dólares de la Milicia Astral en mujeres, Randall?

—No, señor —explicó, impasible, el mayor—. Según me dijo el propio Rafa gastó más de trescientos en bebida.

—Pero... ese hombre es un granuja.

—Y un gran luchador también, general. Como buen español, es temible a la hora de jugarse el pellejo. Además. ..

— ¿Qué?

—Si Rafa Morales no regresa de la misión, se habrán quitado de encima a un indeseable.

Colé se masajeó el mentón, pensativo. Después de casi un minuto sacudió la cabeza mascullando:

—De acuerdo, Randall. Llévese a ese sujeto.

—Gracias, general.

—Otra cosa.

—Dígame.

— ¿Por qué desea llevarse a la biólogo Marión York?

—Es la mejor de su especialidad que he podido encontrar en su fichero, general.

—Es una mujer.

—Ya me había dado cuenta —sonrió, irónico, el joven—. Sólo con echarle la vista encima se sienten deseos de galopar en torno a ella aullando de entusiasmo. Lo malo es que tiene lengua y a veces habla. Es un témpano que deja helado al tipo más fogoso.

— ¿Son ustedes amigos?

Randall carraspeó pasándose la mano por los cabellos.

— Yo no diría tanto, general. Para ser más exacto, debo decir que hace varios años que nos conocemos y entre nosotros se ha establecido un cordial odio desde el primer instante. Eso no es raro, porque me consta que ningún ejemplar del sexo opuesto ha podido intimar con Marión York. Parece que es refractaria a los machos.

—Pero usted la ha escogido a ella.

—No a la mujer, sino a la profesional.

—La doctora York puede rechazar la misión, Randall.

—Estuve hablándole —informó éste—. Y no titubeó en afirmar que tomaría parte en la expedición si yo se lo pedía personalmente. Es como una especie de reto, ¿sabe?

— ¿Le pidió usted que fuera?

—No.

Colé arqueó las cejas. El mayor Randall añadió:

—No quiero darle ese gusto. Ella ya sabe que he solicitado sus servicios de forma oficial. Ahora le toca decidir si viene o no con nosotros, general.

George H. Colé chasqueó la lengua.

—Lo hace todo muy complicado, Randall.

—Porque conozco a Marión York, general Colé.

—Está bien —cabeceó haciendo un gesto de fastidio Colé—. Suponga ahora que esa mujer no se presenta voluntaria para la misión.

Randall encogió los hombros.

—En ese caso me apañaré con un biólogo de Base Júpiter.

Hubo un corto inciso y en seguida preguntó Colé:

— ¿Qué puede decirme de los restantes miembros que ha elegido?

—Les conozco a todos y puedo responder de ellos —dijo Randall —. El técnico en comunicaciones, Karl Hoffman, estuvo conmigo en el fallido intento de posarnos en Venus. La nave consiguió regresar de la descabellada misión gracias a los conocimientos de Hoffman. En cuanto a Rafa Morales, James Dutton, Harvey Trollope y Walt Gunderson, son hombres que no darán un paso atrás si se presenta una ocasión de peligro en zona Misericordia.

—Está bien —asintió, despacio, el general Colé—, En ese caso no tenemos nada más que hablar. Partirán mañana hacia Base Júpiter.

Cogió un sobre que tenía sobre la mesa y tendiéndolo a Randall, agregó:

—Aquí tiene un informe detallado de todo lo acontecido en las desapariciones de los PZ-24, mayor Randall.

—Lo estudiaré a fondo, señor.

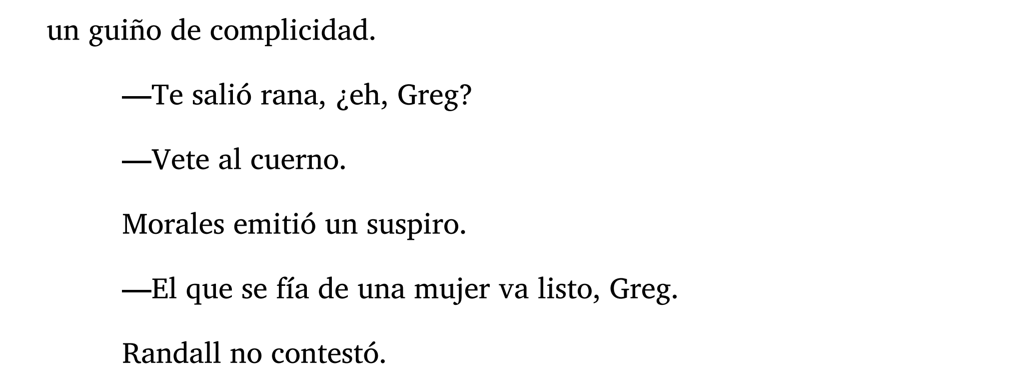
* * *

La gran nave que les conduciría al planeta Júpiter estaba a punto de despegar y la doctora York no se había presentado. Greg Randall masculló una maldición entre dientes y dio orden de subir a bordo.

Los cinco hombres subieron delante de él y Randall aún escrutó el edificio de la terminal por si en el último momento aparecía Marión. Finalmente sacudió la cabeza y se introdujo en la nave.

La compuerta de cierre hermético se cerró detrás de él.

Sus hombres ya estaban acomodados en los asientos destinados al pasaje y Greg Randall fue a sentarse junto a Rafa Morales. El español, de unos veintiocho años, piel tostada y ojos vivaces, le dedicó



un guiño de complicidad.

—Te salió rana, ¿eh, Greg?

—Vete al cuerno.

Morales emitió un suspiro.

—El que se fía de una mujer va listo, Greg.

Randall no contestó.

Faltaba menos de un minuto para despegar y su pensamiento estaba ocupado por Marión York. Era evidente que había equivocado la táctica con la muchacha, puesto que no quería ir con ellos. Si volvía a presentarse otra ocasión…

De repente se abrió lentamente la compuerta de entrada.

En el hueco apareció una mujer de dorados cabellos peinados en corta y airosa melena que no tendría más de veintiséis años. A juzgar por las mejillas encendidas y la respiración ligeramente jadeante, se había visto obligada a correr para llegar a tiempo.

Poseía un cuerpo juvenil de líneas bien definidas, que no dejaron de admirar todos los presentes.

Ella hizo caso omiso a las ávidas miradas y avanzó en dirección al mayor Randall, mientras la compuerta volvía a cerrarse de nuevo.

Esbozando una leve sonrisa, la muchacha dijo:

—Creí que no llegaba a tiempo de alcanzaros.

Randall la miró fijamente a los ojos.

—Supuse que te habías arrepentido, Marión.

Los ojos de la muchacha fulguraron.

—Jamás me vuelvo atrás cuando decido hacer algo —replicó, borrando la sonrisa de su rostro—. Y después del tiempo transcurrido desde que nos conocemos ya deberías saberlo, Greg.

—Pero como tardabas en llegar…

—Se me hizo tarde y ni siquiera he tenido tiempo de recoger mi

equipo. Lo siento.

Randall compuso una mueca.

—No te preocupes por eso. En Base Júpiter te facilitarán todo cuanto haga falta.

Hubo un corto silencio y Marión York paseó la mirada en torno suyo.

— ¿Cuál es mi asiento, Greg?

Randall encogió los hombros.

—Puedes elegir a tu antojo puesto que sólo viajamos nosotros. Supongo que desearás sentarte sola, ¿no?

Ella le miró desafiante

—No soy una gata arisca, Greg.

—Nadie ha dicho que lo seas, doctora.

—Nunca he deseado ser juguete de un hombre, pero estoy capacitada para desenvolverme como una compañera más. Y eso es algo que me gustaría dejar bien claro para todos.

Hoffman, Morales, Dutton, Trollope y Gunderson, se limitaron a mirarla en silencio.

Fue Greg Randall el que preguntó:

— ¿Qué es exactamente lo que quieres dejar claro, Marión?

—Que desde este momento debéis considerarme un miembro más de la expedición. No quiero privilegios especiales por el hecho de ser mujer. Es algo que se debe borrar en vuestras mentes.

Randall rió, sardónico.

—Viéndote es muy difícil olvidar que eres mujer, Marión.

Los restantes miembros de la expedición emitieron quedas risitas y aquello hizo brillar de furor las pupilas femeninas. Con fría entonación, advirtió:

—Tendré que parar los píes a quien lo recuerde demasiado.

Greg hizo un ademán indiferente.

—Procuraré que no tengas ese problema conmigo, doctora. Ahora es mejor que tomes asiento y te coloques las abrazaderas, porque están a punto de lanzarnos al espacio.

La biólogo Marión York no replicó.

Marchó a la parte delantera del departamento y ocupó un asiento solitario accionando los dispositivos que cerraron las abrazaderas de sujeción en torno a muslos y torso.

La nave no tardó en salir disparada hacia el espacio con un ruido ensordecedor. Todos tensaron instintivamente los músculos, tratando de combatir la brusca antigravedad.

Después de diez minutos comenzó la normal velocidad de crucero y Greg dio orden de quitarse las abrazaderas.

El sueco Walt Gunderson, un gigante rubio de ojos celestes, fue el que primero habló:

—Ya estamos camino de la gloria, chicos.

Rafa Morales le dirigió una aviesa mirada.

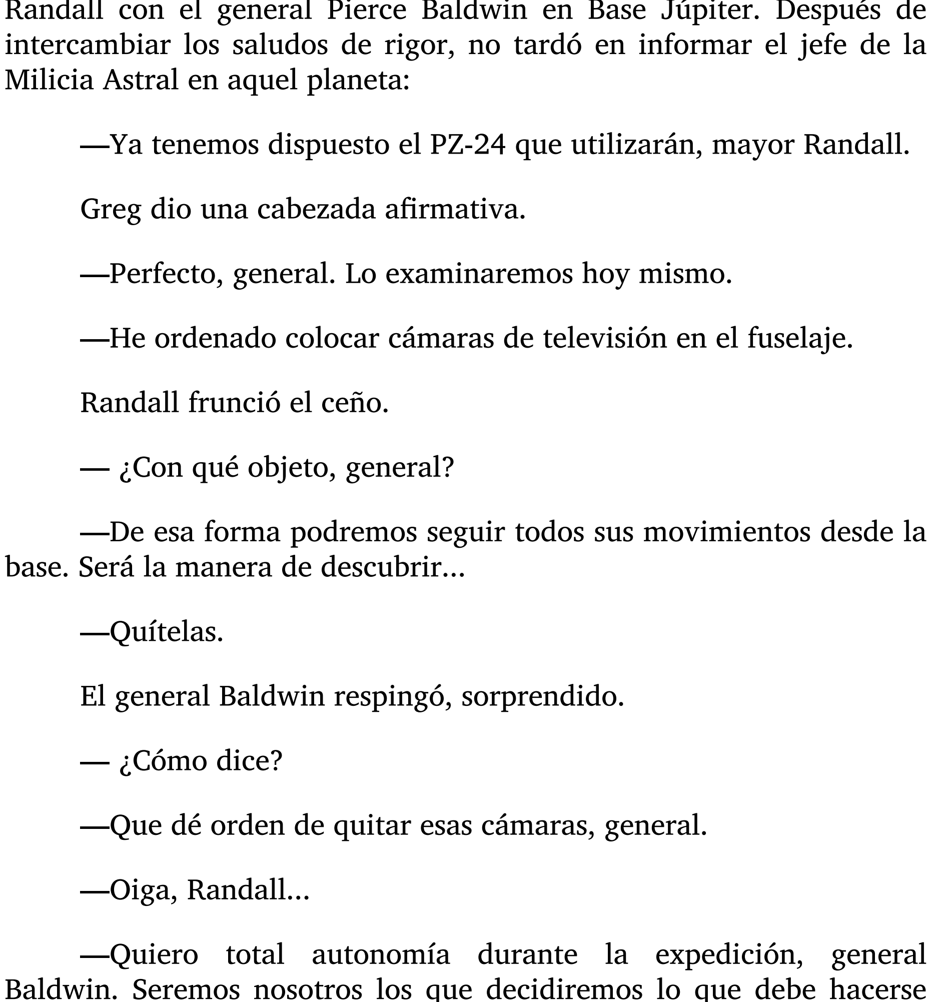
— ¿Qué gloria ni qué niño muerto, rubiales?

—En zona Misericordia haremos un trabajo épico.

El alemán Karl Hoffman sacudió la cabeza escépticamente y comenzó en voz baja:

—O nos dejaremos la piel.

CAPÍTULO III



Acompañado de Marión York y Karl Hoffman, se entrevistó Greg Randall con el general Pierce Baldwin en Base Júpiter. Después de intercambiar los saludos de rigor, no tardó en informar el jefe de la Milicia Astral en aquel planeta:

—Ya tenemos dispuesto el PZ-24 que utilizarán, mayor Randall.

Greg dio una cabezada afirmativa.

—Perfecto, general. Lo examinaremos hoy mismo.

—He ordenado colocar cámaras de televisión en el fuselaje.

Randall frunció el ceño.

— ¿Con qué objeto, general?

—De esa forma podremos seguir todos sus movimientos desde la base. Será la manera de descubrir...

—Quítelas.

El general Baldwin respingó, sorprendido.

— ¿Cómo dice?

—Que dé orden de quitar esas cámaras, general.

—Oiga, Randall...

—Quiero total autonomía durante la expedición, general Baldwin. Seremos nosotros los que decidiremos lo que debe hacerse sobre el terreno y no me gusta la idea de estar continuamente vigilados.

El jefe de Base Júpiter atirantó los músculos del rostro.

—Me parece que está olvidando con quién habla, mayor Randall.

Greg se mantuvo impasible.

—No hace falta, Randall —masculló hostil—. Pero debe saber que no me gusta usted en absoluto.

Freg Randall forzó una risita.

—Tampoco lo esperaba, señor. ¿Está dispuesto a colaborar conmigo ahora?

—Sí, maldita sea.

—Pues en primer lugar empiece por ordenar que desmonten las cámaras del fuselaje.

— ¿Y qué más?

—Luego dará las órdenes oportunas para que se faciliten los equipos que ellos pidan, a la doctora York y al técnico en comunicaciones Hoffman.

—El PZ-24 tiene un equipo de comunicación perfecto, Randall.

—Eso tiene que decidirlo Karl Hoffman, general. Lo examinará y emitirá el correspondiente informe.

Pierce Baldwin se mantenía mirando, ceñudo, al mayor.

— ¿Algo más, mayor?

—Desde luego, señor —sonrió tranquilo el joven—. Harvey Trollope y Rafa Morales se encargarán de seleccionar las armas que consideren necesarias. ¿Tiene inconveniente en que visiten el arsenal?

—No.

—*Okay*. También necesitaremos provisiones en abundancia, puesto que ignoramos los días que deberemos permanecer fuera de la base.

—Ya contaba con eso.

—Perfecto, general —cabeceó Randall—, James Dutton y Walt Gunderson se encargarán de recogerlas.

El general Baldwin torció el gesto, riendo ácidamente.

—Sólo se fía de sus hombres, ¿eh, mayor?

Randall le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Los elegí personalmente, general.

—Todas las personas de Base Júpiter han sido previamente seleccionadas, mayor. Usted parece ignorar que no todos los miembros de la Milicia Astral pueden llegar a un puesto tan avanzado como éste. Mi personal está perfectamente capacitado para llevar a cabo cualquier trabajo que se les encomiende.

Randall tardó unos segundos en contestar:

—Entonces, no lo comprendo, señor.

— ¿Qué es lo que no comprende, mayor?

—Que el general George H. Colé me encargase esta misión a mí.

Baldwin enrojeció y a duras penas pudo encajar las palabras pronunciadas por el joven. Después de unos instantes sacudió la cabeza mascullando ceñudo:

—Espero por su bien que la misión resulte un éxito.

Randall percibió una velada amenaza en sus palabras y levantó los hombros, displicente.

—Eso no puedo garantizarlo, señor. Lo único que podemos asegurar es que cada uno cumplirá con su deber. Ahora le agradeceré que dé las órdenes necesarias para que faciliten los equipos a la doctora York y al técnico Hoffman. Mientras ellos lo revisan me gustaría cambiar impresiones con usted.

— ¿Sobre qué?

—Sobre las desapariciones de los otros PZ-24, general. Necesito que me aclare algunos puntos. —De acuerdo.

Pierce Baldwin llamó a uno de sus oficiales y el hombre recibió instrucciones para facilitar a la doctora York y a Hoffman lo que éstos le pidieran. Cuando hubieron salido los tres del despacho se giró Baldwin al mayor y preguntó:

— ¿Qué datos necesita?

—Quisiera estudiar un mapa de zona Misericordia, señor.

Baldwin se aproximó a un panel y pulsó un resorte. En una de las paredes de la estancia, sobre una pantalla de grandes dimensiones, apareció el mapa iluminado de un amplio sector del planeta Júpiter. Era la llamada zona Misericordia.

—Ahí la tiene —dijo el general—. Con selvas tan vastas como todo un continente terrestre. Y sólo es una pequeña parte de Júpiter.

Hizo un breve silencio y preguntó:

— ¿Qué desea saber, mayor?

— ¿Puede indicarme las cotas donde se detectaron por última vez a los tres vehículos desaparecidos?

—Desde luego.

Baldwin pulsó un nuevo resorte y en el mapa aparecieron tres lucecitas rojas parpadeando de forma intermitente. Observó Randall que cada una de ellas se hallaba situada en el vértice de un gran triángulo.

—Si trazáramos una línea recta entre esos puntos tendríamos un triángulo casi perfecto, general.

—En efecto.

Randall se masajeó el mentón.

—Es muy extraño, general.

Baldwin inquirió con ciertas reservas:

— ¿Admite un consejo, mayor Randall?

—Y se lo agradezco, señor.

El general señaló el centro del hipotético triángulo.

—Yo, de usted, empezaría a moverme desde la cota 287. Justamente la situada en el centro del triángulo.

Randall dio una cabezada afirmativa.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando, general.

Baldwin sonrió, irónico.

—Me alegro de que coincidamos…, aunque sólo sea por una vez, mayor Randall. Greg no contestó.

Pensaba que en la cota 287 les estaba esperando una muerte misteriosa a la que ellos tendrían que combatir. Pero… ¿de qué forma?

CAPÍTULO IV

—Informe a la base de nuestra posición, Karl.

— ¿Qué debo decir, Greg?

—Comunica escuetamente que nos encontramos en la parte inferior del triángulo y que nada ha sucedido por el momento.

El alemán titubeó brevemente e indagó Randall:

— ¿Qué ocurre, Karl?

—Querrán saber algo más de nosotros, Greg.

—Diles que no estás autorizado a responderles y que ya nos pondremos en comunicación con ellos si algo ocurre.

—De acuerdo, Greg.

El mayor Randall se alejó de Karl Hoffman y fue hacia la doctora York, que se hallaba ocupada revisando unos papeles en el pequeño habitáculo donde llevaba a cabo su labor de investigación.

Ella levantó la cabeza al entrar Randall y antes de que éste hablara, inquirió:

— ¿Cómo marcha todo, Greg?

—Con normalidad absoluta por ahora. Trollope no ha detectado nada raro en torno a nosotros.

—Pero puede ocurrir súbitamente, ¿no?

Greg Randall sacudió la cabeza.

—No pensemos en eso ahora. ¿Cuánto tardarías en analizar unas muestras de la vegetación, Marión?

— ¿Qué tengo que buscar, Greg?

—Indicios de vida animal.

Ella le miró fijamente.

—Sigues con la misma idea, ¿eh?

—Vamos, Marión —chasqueó la lengua Randall—. ¿Por qué supones que te elegí para esta misión? Tú y yo comulgamos con la misma teoría. Si existe vida vegetal en Júpiter, tiene que existir también vida animal. Todo es cuestión de hallarla.

La doctora señaló hacia la espesa selva que se divisaba a través del grueso plástico-duro de la rectangular ventanilla de su pequeño habitáculo.

— ¿Piensas recoger probetas de la vegetación?

—Bajaremos Rafa y yo en cuanto encontremos un claro donde poder posar el vehículo.

Marión York no ocultó su preocupación.

—Puede ser peligroso, Greg.

—No tenemos otra alternativa.

—Podría utilizar el método de análisis a distancia.

Greg Randall arqueó las cejas y dejó escapar una irónica risita mientras inquiría:

— ¿Desde cuándo te preocupas de mi seguridad, Marión?

Ella encajó el golpe y, endureciendo las facciones del rostro respondió secamente:

—Como persona no me preocupas en absoluto, Greg Randall. Pero resulta que eres el jefe de la expedición y todos confiamos en tu habitual y pedante sabiduría.

El mayor Randall no borró la sonrisa.

—Siempre es un consuelo, nena.

—Te agradeceré que me llames Marión.

—De acuerdo Marión —cabeceó Randall, pensando que aquella bonita muchacha ganaría mucho si abandonara aquel endemoniado carácter—. Estabas proponiendo la investigación a distancia, ¿no?

—Como simple medida de precaución.

—Ya. Pero analizando directamente las probetas se obtiene un resultado más exacto, ¿me equivoco?

—No.

—Pues entonces tendrás tus probetas en cuanto me sea posible. ¿Te importa responder ahora a mi primera pregunta?

La doctora se mantuvo pensativa unos instantes.

—Calculo que tardaré unas dos horas en conseguir resultados de esas probetas —dijo finalmente—. Tal vez dos horas y media.

— ¿No puedes hacerlo en menos tiempo?

Marión York rió, un tanto sarcástica.

—La ciencia lleva siglos buscando milagros, Greg. Se han conseguido logros importantes, pero aún existen trabajos para los que se requiere un tiempo. Lamento de veras no poder improvisar un milagro para complacerte.

Las pupilas de Randall brillaron con destello de regocijo.

—*Okay,* doctora. Te concederé un par de horas cuando tengas en tu poder las muestras.

—Haré lo que pueda.

—Correcto.

Greg Randall abandonó el habitáculo de la científica y se dirigió al puente de mandos. Rafa Morales y Harvey Trollope se encargaban de manejar el PZ-24 en aquellos momentos.

Trollope se hallaba inclinado sobre una pantalla encuadrada en un panel lleno de dispositivos electrónicos y el mayor Randall se puso a su lado, preguntando:

— ¿Algo nuevo?

—Nada —respondió Trollope—. El radar-computador sigue sin detectar signo alguno de actividad.

—Permanece atento y avisa al menor atisbo.

—Descuida.

Randall fue junto al español.

—Busca un claro donde posarnos, Rafa —dijo, señalando la espesa selva en el gran visor—. Si lo descubres, sobrevuela la zona sin descender hasta que yo dé la orden.

—De acuerdo.

—Enviaré a Walt para que te releve. Cuando lo haya hecho, prepararás dos equipos completos de exterior.

Morales miró a su jefe.

— ¿Vamos a salir?

—Lo haremos tú y yo, Rafa. Necesito que Marión analice muestras vegetales de este lugar.

— ¿Sólo saldremos nosotros, Greg?

—No necesitamos a nadie más para recoger probetas, Rafa.

El español soltó una risita.

—Será la primera vez que ponga los pies en zona Misericordia.

—Y que no sea la última —respondió Randall dirigiéndose a la salida de la cabina—. No te olvides de preparar dos pistolas

lanzadoras de rayos láser.

—Será lo primero que haga.

Ya estaba Randall junto a la puerta, cuando llamó Morales:

—Greg...

El mayor de la Milicia Astral se giró en el hueco.

—Dime.

—Todavía no te he dado las gracias.

Randall arrugó el ceño.

— ¿Por qué?

—Por salvarme del «maravilloso» destino que tenía en Base Marte.

El mayor venteó el aire dando un manotazo.

—Olvídalo.

* * *

Walt Gunderson encontró un pequeño claro en la tupida vegetación y de inmediato avisó a Randall por el sistema de comunicación interior. Estuvo sobrevolando la zona hasta que llegó el mayor a la cabina de mandos y le ordenó descender.

Minutos más tarde se posaba verticalmente el PZ-24 en el claro.

Era una nave de forma alargada, semejante a un enorme cigarro puro. Su tamaño se aproximaba bastante al que tenían los antiguos autobuses del siglo XX. En régimen de normalidad podía desplazarse a una velocidad de cinco mil millas hora volando a escasa distancia de una superficie planetaria. También podía deslizarse por el suelo, aunque entonces su velocidad mermaba considerablemente. La gran maniobrabilidad que poseía le permitía toda clase de movimientos, tanto verticales como horizontales.

Con todo, era un vehículo que había quedado anticuado.

Sólo se empleaba en vuelos de reconocimiento.

Tan pronto quedó inmóvil en el claro, preguntó Randall a Trollope:

— ¿Alguna novedad, Harvey?

Este sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Sigo sin detectar nada anormal, Greg.

El mayor se dirigió a la compuerta de salida donde ya le estaban esperando Morales, Marión y Hoffman. Mientras iba vistiendo el equipo especial, preguntó el alemán:

— ¿Cuáles son tus órdenes, Greg?

—Que nadie abandone la nave mientras Rafa y yo permanezcamos en el exterior —fue diciendo rápidamente Randall—. Quiero que en todo momento nos tengáis en el visor por si se averían los intercomunicadores. Levantar la mano zurda significará peligro inminente, ¿comprendido?

Hoffman dio una cabeza y repitió:

—Si se estropean los intercomunicadores y levantas la mano izquierda, querrá decir que hay peligro inmediato para vosotros. ¿Qué debemos hacer en ese caso?

—Huir tan rápido como podáis.

Marión York respingó sobresaltada y se adelantó a Hoffman preguntando extrañada:

— ¿Deseas que os abandonemos a vuestra suerte?

Randall la miró a los ojos.

—Eso he dicho.

El alemán dejó pasar unos segundos y aventuró:

—Si se presenta la ocasión podríamos intentar echaros una mano, Greg. Opino que…

El mayor le cortó, tajante:

—Has escuchado mis órdenes, Karl. Si llego a levantar la mano zurda es que nada podréis hacer por nosotros. Y tú serás el encargado de sacar la nave de aquí.

Hoffman asintió ceñudo.

—De acuerdo.

Greg Randall esbozó una tenue sonrisa y siguió diciendo:

—Si por el contrario, levanto la mano derecha salid dos de vosotros a echarnos una mano. Pero pase lo que pase deberéis aguardar mis indicaciones antes de actuar Sólo en el caso de una súbita desaparición tendréis que tomar iniciativas.

—Comprendo.

—En esta última hipótesis poneros en contacto con el general Baldwin para recibir instrucciones —terminó Randall. Hizo un ademán y pidió—: Abrid la compuerta de salida.

Poco después estaban Morales y él fuera de la nave.

La vegetación que les rodeaba era verdaderamente fascinante. Una lujuriosa cascada de colorido les envolvía. Plantas de exóticas tonalidades plateadas que se entremezclaban formando una tupida red que parecía imposible de salvar.

Utilizando el intercomunicador del casco protector, inquirió Randall:

— ¿Puedes escucharme, Rafa?

—Perfectamente, Greg.

—Está bien, vamos hacia ese sendero.

El mayor Randall estaba señalando una angosta trocha que se abría en la vegetación. Quedaba casi oculta por el espeso follaje y sólo después de mirar en derredor pudo descubrirla.

Adelantándose a Morales apartó las ramas que obstaculizaban la entrada y se internó por el estrecho pasillo. El español le siguió apresuradamente y cuando pudo darle alcance, preguntó:

— ¿Iremos muy lejos a buscar esas pruebas, Greg?

Randall emitió una risita burlona que pudo ser escuchada en el interior del intercomunicador de Morales.

—No me digas que tienes miedo.

—Estaré más tranquilo cuando regresemos a la nave.

—Domina los nervios, muchacho —aconsejó el mayor—. Sólo nos alejaremos una media milla.

Rafa Morales dio una lenta cabezada y mostró la pistola de rayos láser que empuñaba.

—Si aparece algo extraño ante nosotros lo pulverizo, Greg.

—Nada de precipitaciones —sentenció Randall, sereno—. Aguardarás hasta que yo decida, Rafa.

El español emitió un gruñido por toda contestación.

Ambos hombres se fueron alejando lentamente del lugar donde se hallaba posado el PZ-24. La espesura de la vegetación continuaba y el caminar se les hacía cada vez más dificultoso.

En un momento dado se giró Randall diciendo:

—Creo que por aquí…

No continuó hablando, porque observó que Rafa se había detenido y miraba como fascinado hacia un punto determinado de la vegetación. A través de la transparente parte delantera del casco protector pudo ver el mayor sus ojos desorbitados.

Y de pronto llegó hasta él la exclamación del español:

— ¡Mira eso, Greg!

CAPÍTULO V

Greg Randall frunció el ceño y miró extrañado hacia donde señalaba su compañero.

—No veo nada raro, Rafa.

— ¡Es un gusano, Greg! —habló, excitadamente, el español—. Está sobre aquella hoja plateada.

Randall se aproximó más y entonces pudo verlo.

Se trataba de una oruga que tenía el tamaño aproximado a un dedo. Estaba sobre una enorme hoja de plateadas tonalidades y en uno de los extremos de su invertebrado cuerpo parecía tener dos ojos diminutos de opacas pupilas.

Y daba la impresión de que miraba a los dos terrícolas.

Después de un silencio que se prolongó largos segundos, murmuró Randall, atónito:

—Es una larva, Rafa.

—A mí me parece un asqueroso gusano.

—No puedes imaginarte la importancia que tiene este descubrimiento —dijo el mayor sin apartar la mirada de i oruga—. Al fin se podrá demostrar que existe vida animal en Júpiter.

Morales no le prestaba demasiada atención y exclamó con entonación vacilante:

— ¡Parece... que nos está mirando, Greg!

—Es posible, Rafa —asintió el mayor—. A simple a este animal es semejante a las larvas terrestres. Sin embargo, lo ignoramos todo

sobre él.

— ¿Lo pulverizo, Greg?

— ¡Ni se te ocurra!

—Es un simple gusano, Greg.

—Es una prueba de valor incalculable, Rafa. Tenemos que llevarlo a. la nave para su estudio.

Morales dejó escapar un gruñido.

—Siempre me han dado asco los gusanos, Greg. Tú puedes darle el nombre que quieras, pero para mí...

— ¡Silencio, Rafa!

El español arrugó el ceño al verse bruscamente cortado por su jefe y observó perplejo que éste se inclinaba sobre la hoja escrutando de cerca a la oruga. Pasaron unos segundos y, finalmente, se incorporó Randall anunciando:

—No hay duda de que esta oruga nos examina, Rafa.

—Déjate de bromas, caray.

—Estoy hablando en serio, Rafa —el mayor hizo una corta pausa y habló, dirigiéndose al PZ-24, donde debían estar escuchando los restantes miembros de la expedición—: ¿Puedes oírme, Marión?

A través del receptor acoplado al casco le llegó la voz un tanto nerviosa de la doctora:

—Escuchamos todo cuanto habláis, Greg.

— ¿Y qué opinas de esto?

—Es de vital importancia que pueda realizar un profundo estudio con esa oruga, Greg.

—Lo mismo estaba pensando yo, Marión. La atraparemos y te la llevaremos al laboratorio.

Hubo un breve inciso y añadió Randall:

—Por fin podremos demostrar que existe vida animal en Júpiter

—No te olvides de las muestras vegetales, Greg. Hay la posibilidad de que vayan unidas ambas clases de vida.

— ¿Animal y vegetal? —se extrañó Randall—. ¿Cómo puedes relacionarlas entre sí?

—Te lo explicaré cuando regreses, Greg. Recuerda que en la Tierra tenemos plantas carnívoras.

—Eso es cierto.

—Deberías apresurarte en regresar, Greg —aconsejó Marión York, preocupada—. Podéis estar en grave peligro.

—No lo creo —rebatió el joven—. Sin embargo, regresaremos ahora a la nave.

Dejando de hablar unos instantes alargó la enguantada mano hacia la oruga con intención de cogerla entre los dedos. Pero súbitamente escuchó un grito de alarma brotado de la garganta del español:

— ¡Estamos rodeados de bichos raros, Greg!

Randall se giró, sorprendido.

Observó despacio los alrededores y comprobó que Morales no mentía. En casi todas las exóticas hojas había una oruga similar a la primera que vieron.

Había centenares de ellas.

¡Y todas parecían tener las opacas y diminutas pupilas clavadas en ellos dos!

Greg Randall no pudo evitar el profundo escalofrío que recorrió su espina dorsal. Permaneció estupefacto unos segundos y de sus labios se escapó una ahogada exclamación:

—Es... inaudito.

Rafa Morales sacudió la cabeza saliendo de su aturdimiento y levantó decidido la pistola de rayos láser.

—Voy a quemarlas, Greg.

— ¡Quieto!

La seca orden del mayor resonó como un trallazo. Adelantó la diestra conteniendo al español y después de observar a las larvas fue diciendo pausadamente:

—Domina esos nervios, Rafa. De momento, estas orugas no nos están causando ningún problema. Se limitan a mirarnos de una forma extraña y nada más.

— ¿Te parece poco? No es normal que un asqueroso gusano se ponga a mirarte, Greg.

—Procura mantenerte tranquilo.

—Estaría más tranquilo si me dejaras apretar el gatillo.

—Ni hablar.

—Oye, Greg…

—Te diré lo que haremos, muchacho —dijo, pensativamente, el mayor—. Tú cogerás una oruga y yo otra. Las llevaremos al laboratorio para que Marión las analice. Pero hay que hacerlo sin brusquedades, ¿me has entendido?

El español estuvo unos instantes silencioso y acabó dando una cabezada afirmativa.

Entonces preguntó Randall, dirigiéndose a los de la nave:

— ¿Estáis escuchando con normalidad?

Karl Hoffman se encargó de responderle:

—No hay la menor interferencia, Greg. Os escuchamos perfectamente y estamos intranquilos por lo que pueda ocurriros.

—Recuerda mis instrucciones y que no nos pierda el visor. Si veo peligro levantaré la mano izquierda y ya sabes lo que tienes que hacer inmediatamente, Karl.

Se percibió un leve titubeo en la entonación del alemán y después de unos instantes, sugirió:

—Podríamos bajar a echaros una mano, Greg.

La respuesta del mayor fue seca, tajante:

—Tienes órdenes concretas al respecto, ¿no?

Se escuchó un suspiro y la voz de Hoffman dijo:

—Como quieras.

Randall se giró a Morales.

—Pon mucho cuidado al coger tu oruga. Después camina despacio al PZ-24.

El español imprecó una maldición:

— ¡Maldita sea mí perra suerte...!

Randall no esperó a comprobar que su subordinado cumplía lo ordenado. Se aproximó a una de las plantas y alargó la mano intentando coger una de aquellas increíbles larvas.

Ya la rozaba con el guante cuando respingó, sobresaltado.

¡La oruga había desaparecido de la plateada hoja!

El asombro le paralizó por completo. La oruga de pupilas opacas se había volatilizado ante sus propios ojos por increíble que aquello pareciese.

A Morales debía haberle sucedido algo semejante, porque masculló decididamente:

—Yo me largo, Greg.

—Quieto donde estás, Rafa —le contuvo el mayor, haciendo un brusco ademán— No te muevas de ahí.

— ¿Qué pasa?

—Todas las larvas han desaparecido.

—Por eso quiero largarme a la nave.

—Lo haremos sin prisa, Rafa —fue diciendo Randall—. Nada de precipitaciones o estaremos perdidos. Tengo el presentimiento que antes de llegar a la nave aparecerán de nuevo las orugas.

Morales emitió un resoplido:

—Eso no me hace ninguna gracia.

—Me gustaría llevarle una oruga a Marión.

—Pues tienes muy poco gusto para los regalos, Greg.

Randall hizo un ademán con el brazo indicando los alrededores.

—Echa un vistazo por ahí, Rafa.

— ¿Para qué?

—Déjate de tonterías y mira a ver si puedes descubrir a esas orugas —recriminó, áspero el mayor— Yo buscaré por esta parte.

—Han desaparecido todas, Greg.

—Echa un vistazo, maldita sea.

—Está bien.

Rafa Morales fue escrutando las plantas que bordeaban uno de los lados del sendero, mientras Randall hacia lo propio en el otro lado. Ninguno de los dos tuvo éxito en la búsqueda y después de unos minutos masculló el español;

—Se han esfumado sin dejar rastro.

— ¿Cómo diablos ha podido ocurrir?

—Lo mejor sería irnos a la nave, Greg. Te juro que me está mosqueando todo esto.

El mayor Randall dio una cabezada afirmativa.

—Vamos.

Ambos hombres echaron a andar emprendiendo el camino de regreso.

Apenas habían dado varios pasos cuando a través del receptor del casco empezó a escuchar Greg Randall unos extraños sonidos. Ladeó la cabeza mirando a Morales, y por la expresión de su rostro adivinó que él también los estaba oyendo.

Eran como susurros ininteligibles.

Y de pronto comprendió que aquellos susurros venían del PZ-24.

Se disponía a indagar lo que estaba ocurriendo, pero en aquel momento llegó hasta él la voz nítida de Marión:

— ¡Toda la nave está llena de orugas!

CAPÍTULO VI

La compuerta de la nave se abrió finalmente.

Randall y Morales se precipitaron al interior sin perder ni un segundo. Llevaban las pistolas firmemente empuñadas y todos los sentidos en tensión.

Los restantes miembros de la expedición se encontraban en la sala central del PZ-24. Randall se detuvo en la entrada paseando una escrutadora mirada en torno.

Después de unos segundos se desprendió del casco y gruñó, sin dejar de mirar a su alrededor:

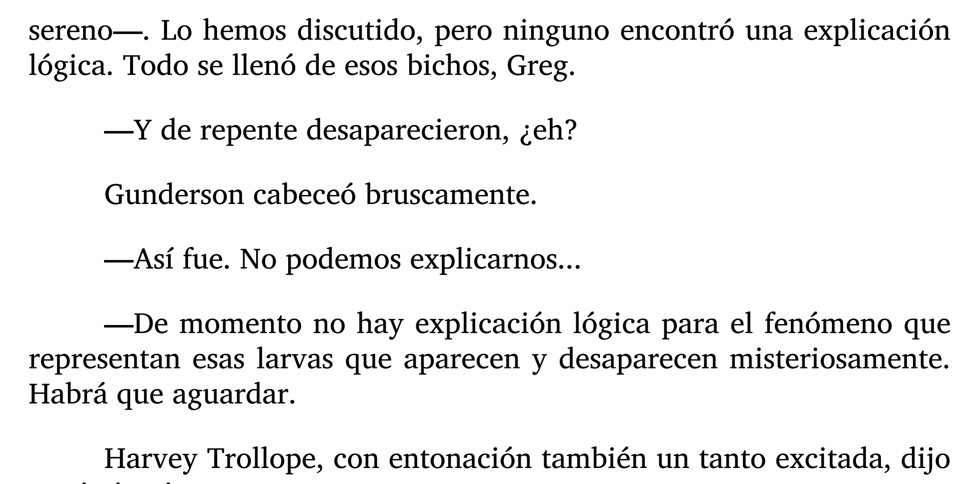
— ¿Qué ha sucedido?

Walt Gunderson se adelantó a los otros informando con voz excitada:

— ¡Esas malditas larvas aparecieron de repente por todas partes!

—Cálmate, Walt —pidió Randall haciendo un ademán—. ¿Cómo se explica que entraran en la nave?

—No lo sabemos —siguió informando Gunderson, un poco más



sereno—. Lo hemos discutido, pero ninguno encontró una explicación lógica. Todo se llenó de esos bichos, Greg.

—Y de repente desaparecieron, ¿eh?

Gunderson cabeceó bruscamente.

—Así fue. No podemos explicarnos...

—De momento no hay explicación lógica para el fenómeno que representan esas larvas que aparecen y desaparecen misteriosamente. Habrá que aguardar.

Harvey Trollope, con entonación también un tanto excitada, dijo recriminativo:

—Lo tomas con mucha tranquilidad, Greg.

— ¿Podemos hacer otra cosa que no sea esperar?

Nadie respondió y siguió diciendo Randall:

—Me gustaría saber por qué nos habéis tenido más de diez minutos fuera de la nave.

Karl Hoffman dio un paso al frente y ligeramente inclinada la cabeza, dijo:

—Yo di orden de no abriros.

Randall se quedó mirándole.

— ¿Por qué?

—Pensé que no era oportuno, estando todo esto plagados de esas extrañas orugas.

—Está bien —asintió hoscamente el mayor—. ¿Habéis transmitido a la base lo que ocurría?

Hoffman negó moviendo la cabeza.

—No podemos comunicar con ellos.

Randall permaneció unos instantes pensativo y, finalmente, acabó dando una cabezada.

—Después de todo quizá sea mejor así.

Algunos miembros de la expedición le miraron sorprendidos. Pero el mayor se giró a la doctora y preguntó:

— ¿Tuviste tiempo de examinar a esas larvas, Marión? La muchacha tardó un poco en contestar. —Sólo superficialmente.

—Comprendo. ¿Has observado sus diminutos ojos? Ella movió la cabeza en sentido afirmativo, y Randall advirtió que un profundo estremecimiento la sacudía.

—Son horribles.

— ¿Tienes alguna conclusión respecto a ellas?

—Siento... un extraño presentimiento.

Randall la miró al fondo de los ojos.

—Dímelo, por favor.

Marión York titubeó. Cuando finalmente se decidió a responder lo hizo hablando despacio, como pensando bien cada palabra antes de pronunciarla.

—Intuyo que son seres inteligentes. Una de esas larvas me estuvo mirando fijamente durante más de un minuto. Tuve la impresión de que estaba transmitiéndome algo que yo no lograba entender. Tal vez... un aviso de lo que nos ocurrirá si seguimos en zona Misericordia.

Randall arrugó el ceño.

— ¿Por qué eso precisamente?

Marión encogió los hombros.

—No lo sé exactamente —murmuró con un hilo de voz—. Sólo te he dicho lo que sentí cuando esa oruga puso sus opacas pupilas en mí. Tuve la sensación de que poseía una inteligencia muy superior a la nuestra y deseaba hacérmelo saber.

Harvey Trollope dejó escapar un resoplido.

—Eso es absurdo, doctora.

También Rafa Morales emitió un gruñido de disconformidad:

—Me parece que estamos desorbitando las cosas.

—Yo he sentido la misma sensación que Marión... —confesó el mayor, atrayendo la atención de todo—. Me llegó a impresionar la opaca mirada de aquella oruga.

El español chasqueó la lengua.

—A mí me dio mucho asco y... algo de miedo. Reconozco que son muy extraños los ojos que tienen. Pero de eso a decir que son seres inteligentes media un abismo. ¿Cómo puede tener inteligencia un asqueroso y maldito gusano?

El mayor Randall le miró gravemente:

—En Júpiter podemos encontrar infinidad de cosas que desconocemos, Rafa. Lo que en la Tierra es imposible puede ser perfectamente posible aquí.

Morales se mostró terco.

—Yo soy muy incrédulo para todo eso, Greg.

—Entonces será mejor que guardes silencio —replicó Randall haciendo un brusco ademán—. Nosotros nos ocuparemos del asunto. ¿Alguno de vosotros puede hacer una sugerencia?

Hubo un silencio y nadie respondió.

Randall dio una lenta cabezada y continuó:

—Muy bien. En ese caso nos marcharemos de este lugar. Es de vital importancia saber a qué atenernos con esas larvas. Hay que descubrir su procedencia y la desconcertante facultad que tienen para hacerse invisibles.

Marión York le miró, un tanto sorprendida.

— ¿Quieres investigar sobre las larvas marchándote de aquí, Greg?

—Exactamente, Marión.

—Pero... en este lugar hay larvas.

Greg sonrió enigmático.

—Por pura lógica tienen que haber más larvas en la madriguera de origen.

La doctora frunció el entrecejo.

— ¿Insinúas que conoces el emplazamiento de esa madriguera?

—Tengo una intuición y voy a seguirla. Harvey.

—Dime, Greg.

—Ocúpate de sacar la nave de este claro.

— ¿Qué rumbo debo seguir?

—Quiero llegar cuanto antes a la cota 287. Se trata del centro hipotético del triángulo.

Harvey Trollope se disponía a obedecer la orden recibida cuando un alarido infrahumano los sobrecogió a todos:

— ¡¡Noooo...!!

Greg miró estupefacto a Karl Hoffman.

El alemán tenía las facciones desencajadas. Su rostro se había convertido en una siniestra máscara de odio infinito. Pero lo más asombroso de todo era... ¡Que sus pupilas tenían el opaco brillo de los ojos de las orugas!

CAPÍTULO VII

La sorpresa les había hecho enmudecer a todos.

Greg Randall fue el primero en reaccionar y observó atentamente la extraña transfiguración sufrida por Hoffman. Sin perderle de vista ni un segundo, inquirió suavemente:

— ¿Qué ocurre, Karl?

El alemán estaba rígido, con todos los músculos de su cuerpo en tensión y la mirada perdida en un punto situado a espaldas del mayor. Tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo para mover las crispadas mandíbulas y decir con voz de metálicas inflexiones:

—Regresad a vuestro planeta, terrícolas.

Randall arrugó el ceño, perplejo.

Permaneció silencioso unos instantes sin dejar de escrutar el desfigurado rostro de Hoffman. Aquello resultaba demasiado horrible para ser un hecho cierto. Sin embargo, resultaba evidente que Karl Hoffman había dejado de ser él mismo. Ahora era una criatura misteriosa, desconocida, de remota procedencia.

Rafa Morales fue a decir algo, pero le contuvo Randall con un

gesto.

Acto seguido se encaró cauteloso al alemán.

— ¿Quién eres?

Los labios crispados de Hoffman volvieron a moverse y de nuevo brotó de ellos la metálica voz:

—Regresad a vuestro planeta, terrícolas.

Randall torció el gesto haciendo una mueca escéptica.

—Eso ya lo has dicho antes, amigo.

—No tenéis ningún derecho a estar en nuestro planeta. Marchaos de él mientras podáis hacerlo en paz.

El mayor entornó los párpados.

—Tus palabras me suenan a amenaza.

Los ojos del alemán se movieron lentamente hasta que las opacas pupilas quedaron fijas en el rostro de Randall. Este puso todo su empeño en soportar aquella extraña mirada y después de un gran esfuerzo lo consiguió.

Entonces se sintió mucho más tranquilo y dueño de sí mismo.

Los restantes miembros de la expedición asistían, atónitos, a la increíble escena.

Hoffman empezó a decir pausadamente:

—No deseamos haceros daño a menos que sea inevitable. Sólo queremos que regreséis a vuestro planeta y no volváis jamás a pisar el nuestro. Somos más inteligentes que vosotros y os podemos exterminar si llegáis a representar un peligro.

Randall chasqueó la lengua, moviendo la cabeza en sentido negativo.

—No lo creo.

— ¿Acaso no te basta esta demostración, terrícola?

—Lo único que demuestras, es tener la facultad de introducirte

en el cuerpo de un terrestre. Pero eso no significa que seas de superior inteligencia para creerte.

Hubo un silencio y aquel misterioso ser volvió a utilizar a Karl Hoffman para decir:

—Estás loco, terrícola.

Randall encogió los hombros.

—Es posible —reconoció con una tenue sonrisa en los labios—. Todos los terrícolas lo estamos un poco. Pero de eso, a ser tontos, media un abismo. No tenéis poder suficiente para exterminarnos.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Llevamos cinco años en Júpiter, amigo. Habéis tenido tiempo sobrado de acabar con nosotros. El hecho de que sigamos aquí demuestra que sois incapaces de echarnos.

Las rígidas facciones del rostro de Hoffman se crisparon en horrible mueca, y una áspera risa rasgó el aire.

— ¿Es eso lo que piensas?

—Seguro.

—Si estáis todavía en este planeta se debe a que nuestros superiores no son partidarios de usar la violencia, terrícola. Sólo se recurre a ella en caso de extrema necesidad.

—Tampoco creo eso —sacudió la cabeza Randall—. Tres vehículos desaparecieron en esta zona y todo hace suponer que fueron apresados o destruidos por vosotros.

De nuevo se dejó oír la áspera risita.

—Esa creencia es equivocada, terrícola. Los hombres que venían en esas naves se mataron entre sí.

Randall frunció el ceño, sorprendido muy a pesar suyo.

—No puedo creer una cosa así.

— ¿Por qué? —se burló la voz de metálicas inflexiones—. Durante siglos, los terrícolas habéis luchado fratricidamente. Lleváis dentro de vosotros el amor a la violencia y el desprecio de la vida

ajena.

—Esos tiempos quedaron atrás.

—Pero en la Tierra siguen muriendo personas diariamente. Unas asesinadas, otras mueren accidentalmente..., pero el caso es que la violencia sigue imperando entre vosotros.

Randall ladeó la cabeza, intrigado.

— ¿Cómo puedes saber todo eso de nosotros?

—No olvides que estoy dentro de un terrícola. Y es la tercera vez que lo hago. Puedo leer sus pensamientos e incluso lanzarlo contra vosotros si quiero anular su voluntad. Obedecerá ciegamente cuanto yo le ordene.

El mayor miró duramente al rostro de Hoffman.

— ¿Fue así cómo se mataron los tripulantes de las tres naves desaparecidas?

—Exacto.

Randall apretó los maxilares, rabioso.

—Sois unos canallas.

—No. Somos unos seres que defendemos nuestro planeta contra irnos invasores que nunca debieron venir. Y ahora escucha bien lo que voy a decirte, porque no lo repetiré.

El ser que se cobijaba en el cuerpo del alemán hizo una corta pausa y acto seguido empezó a decir:

—Somos seres etéreos, espíritus inteligentes que no necesitamos la materia para sobrevivir. Estamos en todas partes y podemos introducirnos en el cuerpo que deseemos. No importa que sea animal, vegetal o mineral. No deseamos causaros ningún daño, pero tampoco queremos que sigáis en nuestro planeta. Nos hemos podido introducir en cada uno de vosotros y haceros pelear entre sí hasta la muerte.

— ¿Por qué no lo habéis hecho?

—Porque nuestros superiores han empezado a perder la paciencia y desean que llevéis un mensaje a vuestros jefes.

Randall no apartó la mirada del rostro de Hoffman.

— ¿Qué clase de mensaje?

—Tenéis que iros de este planeta en seguida. En caso de no obedecer, moriréis todos... y también cuantos vengan en el futuro. Ahora voy a salir del cuerpo de vuestro compañero. Creerá que ha sufrido un desvanecimiento y no recordará nada de cuanto hemos hablado. Pero vosotros sí debéis recordar mi aviso.

Súbitamente, Karl Hoffman sufrió un estremecimiento.

Justo en el instante en que se extinguió la extraña voz de metálicas inflexiones dentro él.

Se llevó ambas manos a la cabeza y sus piernas se doblaron. Hubiera caído al suelo de no actuar con rapidez Gunderson y Morales. Entre ambos le sujetaron conduciéndole a un asiento. Allí fue recuperándose lentamente Hoffman y una expresión de infinito agotamiento apareció en su semblante.

Finalmente, se abrieron sus ojos y miró, extrañado, al sueco.

— ¿Qué... ha sucedido?

—Has tenido un desfallecimiento, Karl —dijo gravemente Gunderson—. Pero ya ha pasado.

Greg Randall hizo una señal a Marión y se alejó unos pasos. La muchacha le siguió, y tan pronto la tuvo a su lado le preguntó el mayor quedamente:

— ¿Qué opinas de todo esto, Marión?

Ella tardó un poco en contestar:

—Estoy demasiado impresionada todavía, Greg. Sin embargo, es evidente que ese misterioso ser ha dicho la verdad.

— ¿Tú crees?

—Nada sabemos con exactitud de Júpiter —encogió los hombros la doctora—. Si es cierto que la forma de vida en este planeta es etérea, tenemos la explicación para no haber encontrado indicios de vida animal en él. Eso parece encajar.

— ¿Y qué me dices de su poder?

—Es irrefutable que poseen la facultad de volverse invisibles. Pueden introducirse dentro de nosotros y causarnos mucho daño anulando nuestra voluntad.

Randall apretó los maxilares.

—No voy a darme por vencido tan fácilmente —dijo con un brillo especial en las pupilas—. De eso puedes estar segura.

Marión le miró con expresión preocupada.

— ¿Qué estás pensando?

— ¿Se te ocurre alguna forma de evitar que esos insólitos seres penetren en la nave?

La muchacha lo pensó brevemente.

—En este momento...

— ¿Qué te parece si creamos un campo magnético de protección en torno al PZ-24?

Marión siguió pensativa sin atreverse a emitir un juicio. Finalmente, viendo que Randall esperaba su contestación, dijo sin comprometerse:

—No podemos garantizar que los contenga esa barrera magnética. Ignoramos lo que esos seres...

—Hay que correr el riesgo —la cortó Greg Randall—. Hemos venido a zona Misericordia con una misión concreta y haremos todo lo posible por llevarla a cabo.

— ¿Qué te propones?

—Ir a la cota 287.

La doctora no podía ocultar la preocupación que sentía.

—Nos jugamos la vida si vamos a ese lugar, Greg.

—Lo sé. Pero eso ya lo sabíamos desde el momento que aceptamos venir con esta misión. ¿Cuánto puedes tardar en establecer esa barrera magnética en torno al fuselaje?

Marión lo pensó unos instantes.

—Supongo que un par de horas —dijo, finalmente—. Necesito que me ayuden dos hombres.

—Te acompañarán Morales y Gunderson —concedió Randall—. Y partiremos tan pronto acabéis. Otra cosa. Marión…

— ¿Sí?

—Lamento llevarte a la cota 287.

Ella no pudo evitar que su mirada se endureciera por natural instinto defensivo. Y tampoco logró contener la dura contestación:

—Recuerda que soy un miembro más de la expedición y tú eres el jefe, Greg. No quiero privilegios.

CAPÍTULO VIII

Harvey Trollope giró la cabeza haciendo una señal a Randall.

—Estamos sobre la cota 287, Greg.

El mayor se aproximó a él y miró por encima de su hombro escrutando atentamente lo que aparecía en el visor. La cota 287 era un lugar inhóspito, lleno de rocas amarillentas y secos matorrales de color púrpura. Un páramo de unas tres millas cuadradas que se abría como una pequeña calva en las inmensas selvas de zona Misericordia.

Después de estudiar unos segundos el lugar, masculló:

—Ahí no veo nada que llame la atención.

—Yo tampoco —movió la cabeza Trollope—. Sólo esa pequeña elevación rocosa en el centro del desierto.

— ¿Qué ocurre con ella?

—El color de las rocas es distinto en las partes altas.

—Ya lo he observado —asintió Randall—. Todas las rocas del páramo son de color amarillento. En cambio los picos rocosos de la pequeña montaña son de un subido tono naranja.

—Es raro ese cambio de color en las rocas, Greg.

—No veo lo que pueda tener de raro…

Súbitamente guardó silencio Greg Randall y en sus ojos hubo un destello de animación. Por su cerebro había pasado fugazmente una idea que aparecía descabellada a todas luces. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarla escapar sin previa comprobación.

Con voz un tanto excitada ordenó a Trollope:

—Releva a Marión y que venga ella inmediatamente, Harvey.

Trollope se incorporó con una expresión de sorpresa en el rostro. Miró brevemente al mayor y sin hacer el menor comentario fue a cumplir la orden recibida.

La doctora se hallaba en la cámara contigua ocupada en la computadora que mantenía constantemente una barrera magnética en torno al fuselaje de la nave.

Mientras venía se aproximó Randall a Gunderson.

El sueco pilotaba el PZ-24 en aquellos momentos y Randall puso la mano en su hombro.

— ¿Ves esa montaña rocosa, Walt?

—Sí.

—Pues vuela en círculo sin perderla de vista. Pero no te aproximes a esos picos demasiado.

Gunderson dio una cabezada.

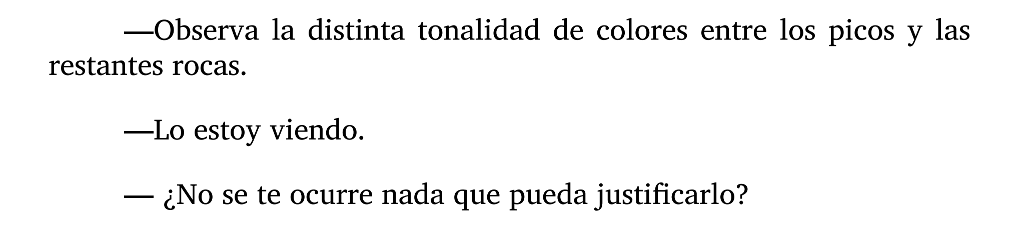
—De acuerdo.

Marión entró en aquel momento en la cabina de mandos y le hizo el mayor una indicación dirigiéndose al visor. Cuando ambos estuvieron junto a la pantalla, pidió Randall:

—Echa un vistazo a esa pequeña montaña rocosa, Marión.

La muchacha lo miró fugazmente y luego hizo lo que él le pedía.

— ¿Qué tengo que ver en ella, Greg?



—Observa la distinta tonalidad de colores entre los picos y las restantes rocas.

—Lo estoy viendo.

— ¿No se te ocurre nada que pueda justificarlo?

Ella apartó la mirada de la pantalla y se giró mirándolo sin comprender lo que pretendía él.

—No te entiendo en absoluto, Greg.

El joven dejó escapar una suave risita.

— ¿Hasta qué punto creíste las palabras de aquel extraño ser, Marión? Me refiero a lo que dijo de poder introducirse en cualquier cuerpo vegetal, animal O... mineral.

La doctora arrugó el entrecejo visiblemente sorprendida. Estuvo observando la pantalla del visor unos segundos y después levantó la vista a Randall.

— ¿Estás pensando...?

—Exactamente, Marión —cabeceó Randall, acabando la pregunta de ella—. Esos seres de superior inteligencia pueden estar cobijados dentro de esos picos rocosos.

Marión estaba cada vez más perpleja.

—Pero... eso sería increíble.

—Tenemos que partir de la base de que todo puede ser posible en zona Misericordia. De este planeta apenas si conocemos lo más elemental y no debemos extrañarnos por nada de cuanto pueda ocurrir en adelante. Hemos de estar preparados para cualquier tipo de sorpresa.

Ella guardó silencio unos instantes. Luego murmuró moviendo la cabeza con pesar:

—Lo siento, Greg.

— ¿Qué es lo que sientes?

Marión hizo un vago ademán.

—Temo que mis estudios biológicos de poco pueden servirte en un caso como éste.

—No te preocupes —le sonrió Randall—. Voy a comprobar en seguida si mi intuición es buena o equivocada.

— ¿Cómo?

—Disparando una andanada a esos picos anaranjados.

La muchacha boqueó estupefacta,

— ¿Vas… a destruirlos con rayos láser?

—No. Prefiero enviar contra esas rocas varios proyectiles HPT.

— ¿Proyectiles de alto poder térmico?

—Exacto —cabeceó el mayor—. En la Tierra ese tipo de arma ha quedado relegada a un segundo término. Pero estos vehículos llevan un cañón HPT y creo que en Júpiter pueden ser más demoledores los proyectiles de alto poder térmico.

— ¿Qué te hace suponerlo?

—La composición de la corteza superficial de Júpiter. Dado lo débil de su masa específica tiene que ser más vulnerable a los proyectiles de alto poder térmico, que a los rayos láser.

—Pero de todos es sabido que este planeta tiene una energía interna casi doble a la que recibe del Sol.

—Hay otro detalle que me ha decidido a utilizar los HPT.

— ¿Cuál?

—Tres PZ-24 han desaparecido ya en esta zona. Si en algún momento se vieron amenazados gravemente es lógico suponer que echarían mano a los rayos láser para defenderse. Son medios de combate más modernos que los HPT, ¿no?

—Sí.

—No obstante, esos tres vehículos han desaparecido y podemos suponer que sucumbieron al ataque de los jupiterianos a pesar de utilizar los modernos rayos láser. En caso contrario hubieran regresado a la base y nosotros no estaríamos aquí.

—El mensajero que nos enviaron aseguró que nuestros compañeros se mataron los unos a los otros.

Greg Randall compuso una mueca escéptica.

—Si en la Tierra hay mentirosos..., ¿por qué no puede haberlos en Júpiter? Por norma siempre me creo la mitad de lo que me dicen y acierto muchas veces.

Hubo un breve silencio y lo rompió Marión preguntando:

— ¿Estás completamente decidido a hacerlo?

—Desde luego.

— ¿No temes a la posible reacción de los jupiterianos?

—Correremos el riesgo.

—Supongo que has pensado en que para disparar el cañón HPT debemos anular el campo magnético en torno a la nave. Sabes que en caso contrario estallaríamos en mil pedazos.

—Está calculado —movió la cabeza en sentido afirmativo Randall—. Sólo lo anularemos durante los segundos que tardemos en lanzar los proyectiles.

Marión vaciló unos segundos antes de decir:

—También existe la cuestión moral, Greg.

Randall se la quedó mirando fijamente.

— ¿A qué te refieres?

—Supón que el jupiteriano que nos visitó dijo la verdad. Si son seres pacíficos será un crimen destruirlos en masa.

—Creo que no lo son.

— ¿Cómo puedes estar seguro de eso? —dijo la muchacha recriminativamente—. No tenemos ninguna evidencia de que sean violentos.

Los ojos de Randall relampaguearon fugazmente.

—Tampoco tenemos pruebas de que sean pacíficos —replicó un

tanto áspero—. En la duda prefiero atacarlos y destruirlos antes de que nos causen daños irreparables.

—Eso no es humano, Greg.

— ¡Tres naves de las nuestras han desaparecido en esta zona, Marión! —rugió Randall ante la mirada reprobativa de la muchacha —. Soy el jefe y no estoy dispuesto a poner en peligro la misión que nos ha traído a zona Misericordia.

La doctora atirantó el semblante.

—En ese caso no necesitas mis consejos.

—Está bien —resolló el joven, malhumorado—. Me doy cuenta de que he cometido un imperdonable error. Nunca debí solicitar la opinión de una mujer.

Las mejillas de Marión se encendieron.

— ¡Yo no soy...!

Al darse cuenta de lo que iba a decir se interrumpió con brusquedad y el color escarlata de su rostro subió de tono. Los ojos le brillaron de ira mal contenida.

Randall se la quedó mirando súbitamente risueño.

— ¿Ibas a decir que no eres una mujer?

Ella crispó el labio furioso.

— ¿Tiene algo más que ordenarme, mayor?

—Sí, doctora —siguió, burlón, Greg—. Regresa a la computadora de control y aguarda mis instrucciones. Te avisaré en el momento justo de disparar. En cuanto lo hayamos hecho vuelves a colocar la barrera magnética en torno al fuselaje.

—De acuerdo. ¿Alguna cosa más?

Greg emitió una risita.

—Que envejecerás antes si te enfadas muy a menudo.

La muchacha giró sobre los talones y salió de la cabina sin hacer comentario alguno.

Randall se aproximó a Gunderson dándole instrucciones de lo que debía hacer cuando él se lo indicara. A continuación abandonó también la cabina dirigiéndose a la sala de defensa y ataque, que se ubicaba en la parte posterior de la nave.

Al pasar por delante de la cabina de comunicaciones se detuvo un momento.

Karl Hoffman parecía bastante restablecido de la experiencia sufrida. Se hallaba ocupado en los instrumentos que tenia ante él y al escuchar al mayor levantó la cabeza.

Randall inquirió:

— ¿Seguimos sin poder comunicar con la base?

—No lo puedo conseguir.

—Continúa intentándolo.

—De acuerdo.

Randall se giró dispuesto a seguir su camino, pero se detuvo en seco al escuchar la vibrante voz del alemán a su espalda:

—Quieto donde estás, terrícola.

El mayor fue volviéndose lentamente hasta quedar enfrentado a Hoffman. Entonces observó que había sacado la pistola de rayos láser del cinto y le apuntaba recto al centro del pecho.

Compuso una mueca manteniéndose sereno.

—Conque te quedaste dentro de la nave, ¿eh, jupiterino?

—Te dije que podemos movernos a voluntad, terrícola. He regresado para impedir que lleves a cabo el proyecto criminal que tienes en el cerebro.

—Mentira.

— ¿Cómo dices?

—Pudiste salir del cuerpo de Hoffman, pero no abandonaste la nave. No hubieras podido entrar de nuevo.

— ¿Por esa estúpida barrera magnética que habéis establecido?

—Exacto.

El técnico en comunicaciones movió los labios y de su garganta brotó una risita sardónica.

—Te sorprenderías de saber todo lo que podemos hacer, terrícola.

Randall apretó los maxilares y sus pupilas centellearon.

—Si tengo ocasión también voy a daros motivos sobrados de sorpresa.

—Pero no tendrás oportunidad puesto que voy a matarte. Siento tener que hacerlo ya que va contra nuestros principios.

El mayor escrutó con atención al hombre que tenía delante. Karl Hoffman no aparecía rígido y con las facciones contraídas como cuando el jupiterino se metió por primera vez dentro de él. A no ser por el tono de voz se hubiese podido jurar que seguía siendo la misma persona de siempre.

Sin embargo, sus ojos desprovistos de brillo miraban con odio infinito a Randall.

Y en ellos se podía leer que de un instante a otro apretaría el resorte lanzando el rayo láser sobre el mayor.

CAPÍTULO IX

Rafa Morales vio lo que pasaba y sin dudarlo un momento desenfundó su pistola y disparó contra Hoffman.

El alemán dejó escapar un horroroso aullido y se retorció cayendo al suelo casi carbonizado por el rayo láser que lo había alcanzado de lleno en la espalda.

Randall y Morales contemplaron con mueca de asco el bulto achicharrado que en vida fue un compañero de expedición. Finalmente murmuró el español con la pistola aún empuñada:

—Creí… que mi obligación era disparar, Greg.

Randall se pasó el dorso de la diestra por la frente.

—No te preocupes —respondió sin apartar la mirada del cadáver carbonizado—. Acabas de salvarme la vida.

—Pasaba por la puerta cuando lo vi apuntándote y… Todo esto es horrible, Greg.

El mayor dio una cabezada.

—Lo es, Rafa.

En aquel momento llegaron junto a ellos Marión, Trollope y James Dutton. Se quedaron atónitos contemplando el bulto carbonizado del suelo. Después de largos segundos reaccionó Harvey Trollope, preguntando:

— ¿Era… era Karl?

—No, Harvey —contestó moviendo la cabeza Randall—. Ya no era nuestro amigo Karl. En realidad dejó de ser él mismo en el instante en que ese maldito jupiterino se introdujo dentro de su cuerpo.

Marión también se hallaba recuperada de la primera sorpresa y miró fijamente a Randall.

— ¿Había vuelto ese extraño ser?

—Creo que no llegó a salir de la nave —contestó el mayor—. Y estaba a punto de acabar conmigo cuando intervino providencialmente Rafa.

— ¿Dijo por qué te iba a matar?

—Eso es obvio. Quería impedir el lanzamiento de los proyectiles HPT contra esas rocas.

Marión inclinó brevemente la cabeza y luego la levantó preguntando:

— ¿Sigues decidido a hacerlo?

—Ahora más que nunca —replicó con firmeza Greg Randall—. Esos malditos van a pagar la muerte de Karl.

—Pero...

El jefe de la expedición cortó a la doctora haciendo un imperioso ademán:

—No deseo discutir este asunto, Marión. Estoy dispuesto a lanzar los proyectiles contra esas rocas y nada me hará cambiar de opinión. Pierdes el tiempo intentándolo.

La muchacha apretó los labios y guardó silencio.

Fue James Dutton el que habló a continuación:

— ¿Qué piensas hacer, Greg?

—Vamos a bombardear esos picos de color anaranjado con proyectiles HPT, James.

— ¿Con qué objeto?

—Tengo el presentimiento de que esas rocas están llenas de jupiterinos. Y en caso contrario sólo habríamos pulverizado unas montañas sin aprovechamiento para nadie.

Dutton, Trollope y Morales cambiaron una mirada de sorpresa. No obstante, ninguno de los tres opuso el menor reparo a los proyectos del jefe de la expedición.

Imperó un corto silencio y lo rompió el propio Randall diciendo:

—Ahora quiero una promesa de todos vosotros —hizo una intencionada pausa y cuando observó que todos estaban atentos a sus palabras, agregó hablando despacio—: Cada uno de nosotros debe desconfiar de los restantes. Quien advierta algo extraño en un compañero que saque la pistola y acabe con él.

Todos los reunidos respingaron sorprendidos.

Y Marión protestó cuando salió de su asombro:

—No puedes pedirnos esa monstruosidad.

Randall posó en ella una dura mirada.

—Puedo hacerlo y lo hago. Lo que acabo de decir es una orden sin discusión para todos.

Marión levantó el mentón desafiante.

— ¿Quién te has creído que eres, Greg Randall?

—El jefe absoluto de la expedición.

—Pero eso no te da derecho a pisotear las reglas humanas de convivencia. Puedo decirte...

— ¡AI diablo las reglas humanas de convivencia! —estalló Randall, atajándola con un violento ademán—. Lo único que pretendo es que alguno de nosotros pueda regresar a la base para comunicar todo lo que hemos averiguado.

La muchacha no se amilanó ante el estallido de furia y tras un pequeño silencio, comentó sarcástica:

—Esa es una extraña forma de conseguir tus propósitos, Greg. No quedarán supervivientes si cada uno de nosotros se pone a disparar contra los restantes.

El mayor crispó los maxilares lleno de furia.

Súbitamente llevó la diestra a la culata de la pistola y desenfundándola con veloz movimiento apuntó a la cabeza de la doctora.

—Estoy harto de tus protestas, Marión.

* * *

El bello semblante de la doctora palideció visiblemente.

Durante interminables segundos una gran tensión gravitó sobre los presentes y ninguno despegó los labios. La inesperada reacción de Greg Randall los había dejado de piedra.

Finalmente carraspeó Rafa Morales.

—Eh, Greg, no vale la pena perder el control por una mujer, hombre.

Randall rió irónico.

— ¿Habéis creído que iba a disparar?

El español se pasó la mano por el rostro y emitió un resoplido.

—Esa broma no tiene ninguna gracia, conchos.

El mayor no quitaba la mirada del rostro de Marión.

— ¿Tú también has creído que me disponía a disparar sobre ti?

Ella lo pensó un poco antes de responder:

—Supongo que llevarte la contraria no es motivo suficiente para acabar conmigo.

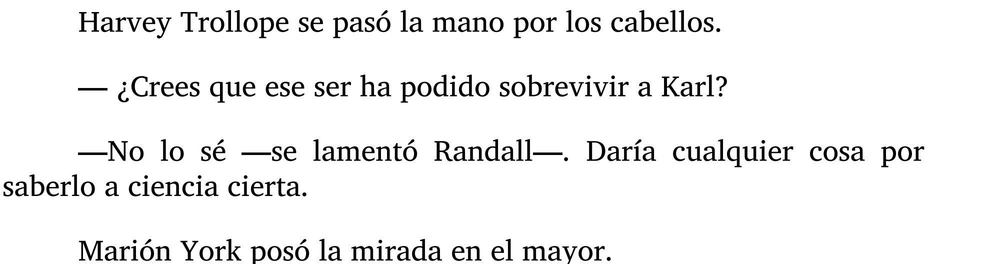
—Desde luego que no. Pero imagina por un momento que dentro de mí hubiera un jupiteriano. Si desean exterminarnos no dudaría en oprimir el resorte que te carbonizaría. Y eso es precisamente lo que quiero evitar a toda costa.

Hubo un inciso y siguió Randall:

—Sabemos positivamente que Karl ha muerto, pero ignoramos si ese misterioso ser que llevaba dentro ha sucumbido con él. Si resulta inmune a los rayos láser seguirá existiendo. Y hasta es muy posible que ya esté metido en el cuerpo de uno de nosotros.

Las palabras del mayor no dejaron de impresionar a los restantes componentes de la expedición. Hubo un intercambio de miradas entre ellos y observándolo, acabó Randall:

—Por eso no quiero que ninguno de vosotros se deje sorprender. Repito que en caso de peligro no dudéis en disparar contra quien sea. Y si ese jupiteriano se encuentra dentro de mí..., aplicadme exactamente lo ordenado. No hay excepciones.



Harvey Trollope se pasó la mano por los cabellos.

— ¿Crees que ese ser ha podido sobrevivir a Karl?

—No lo sé —se lamentó Randall—. Daría cualquier cosa por saberlo a ciencia cierta.

Marión York posó la mirada en el mayor.

— ¿Puedes perdonar mi estupidez, Greg?

—A cambio de que tú olvides el susto que te he dado.

La muchacha sonrió en una de las pocas veces que lo hacía,

—Hecho.

—No perdamos más tiempo —dijo resuelto Greg—. Ve junto a Walt y comunícale la orden, Harvey. Rafa, James y yo nos encargaremos de arrojar los proyectiles.

* * *

James Dutton se ocupaba afanosamente de centrar en el visor de disparo el objetivo indicado por Randall. Después de varias intentonas sacudió la cabeza farfullando:

—En marcha no lo vamos a conseguir, Greg.

—Vuelve a intentarlo.

Dutton siguió buscando en el visor uno de los alargados picos de roca anaranjada. Sin embargo, éstos pasaban por la diminuta pantalla a una velocidad en la que resultaba imposible centrarlos.

Rafa Morales aguardaba listo para disparar en el momento en que se lo ordenara Greg.

Tras unos segundos de vanos intentos masculló James Dutton malhumorado:

—Es inútil, Greg.

—Espera un poco.

Cogiendo el micro de comunicación interior habló Randall a la tripulación del PZ-24:

—Quiero que detengas la nave cuando yo te dé la señal, Walt. Pero sólo durante cuatro segundos. La misma señal servirá para que retires la barrera magnética por el mismo período de tiempo, Marión. ¿Habéis escuchado?

Las voces de Marión y Walt Gunderson respondieron a través del altavoz interior:

—Positivo.

—Así lo haré.

Randall sostuvo el micro en la mano y dijo a Morales y Dutton:

—Preparados. Tenéis que actuar con la máxima celeridad o volaremos en mil pedazos. ¿Estáis listos? Ambos hombres cabecearon afirmativamente: Entonces ordenó el mayor por el micro:

- ¡Ya!
- Todo se hizo a vertiginosa velocidad. }El PZ-24 quedó bruscamente inmovilizado en el aire y Dutton fijó el objetivo en décimas de segundo. —Lo tengo, Greg.
- Esperando que Marión hubiera quitado la barrera magnética de protección, rugió el mayor:
- ¡Dispara, Rafa!
- Morales apretó el resorte del cañón tres veces consecutivas. Por el visor pudo ver Randall que los proyectiles impactaban demoledores en los picachos rocosos. Estos enrojecieron intensamente y de pronto estallaron en miles de fragmentos incandescentes.Pero entonces ocurrió algo que los tripulantes del PZ-24 no esperaban.Un horrísono grito atronó el espacio. Un grito apocalíptico que parecía brotar de millones de gargantas.

CAPÍTULO X

El angustiado grito seguía sonando, ensordecedor.Era tal su potencia, que atravesaba el fuselaje del PZ-24 y se clavaba pavorosamente en el cerebro de los seis sobrecogidos miembros de la expedición. Alguno de ellos se tapó los oídos con las manos, incapaz de soportar aquel aullido infrahumano.Un alarido que se prolongó más de un minuto.Luego empezó a extinguirse paulatinamente hasta desaparecer por completo dentro de la nave.Randall aproximó el micro a su boca y ordenó a Gunderson:—Vámonos de aquí lo antes posible, Walt.El sueco no necesitó que le repitieran la orden y sacó el máximo rendimiento a los motores alejándose de la cota 287 como un meteoro. Minutos más tarde se reunían todos en la cabina de mando a petición del mayor.Estaban realmente impresionados.Marión York fue la primera en hablar y lo hizo casi convulsivamente:—Ha sido lo más espantoso que he visto en mi vida.Rafa Morales comentó con el rostro cerúleo:—Parecían diablos enloquecidos.—Eran seres con perfecto derecho a la vida, Rafa —recriminó la doctora con grave entonación—. Hemos cometido una canallada exterminándolos en masa. Greg Randall se giró a ella chasqueando la lengua:— ¿Quieres iniciar una nueva discusión?La muchacha clavó en él una desafiante mirada.—No estuve de acuerdo con esto desde el principio, Greg. El hecho de que yo también haya colaborado en la matanza me produce un sentimiento de... repugnancia hacia mí misma. No tenemos perdón de Dios por lo que hemos hecho.El mayor se pasó la mano por el rostro.—Así es siempre una guerra, Marión.— ¿Qué guerra? —inquirió excitada ella—, ¿La guerra que tú mismo has declarado?—Te olvidas de nuestras tres naves desaparecidas.—Ni siquiera estamos seguros...—¡Escucha lo que voy a decirte, Marión! —aulló encorajinado Randall—. Ignoro si eres una sentimental o una estúpida, pero de ningún modo puedo compartir tu forma de pensar. Diecinueve personas han desaparecido en zona Misericordia sin que nada lógico lo justifique. Forzosamente tuvieron que ser destruidos por los jupiterianos, por mucho que prediquen la paz. Tienes que meterte en la cabeza que esos seres representan una amenaza constante para nuestra civilización. La superficie de zona Misericordia es dos veces mayor a la de la Tierra y según parece esos invisibles seres habitan aquí en número que

desconocemos. Son tremendamente peligrosos por la facultad que poseen para meterse en el cuerpo de una insignificante oruga, una persona o una simple roca. ¿Imaginas el daño que pueden llegar a causar entre nosotros?—Desde luego es incalculable el daño que nos pueden causar —reconoció Marión —. Sin embargo, llevan cinco años soportándonos y no nos han atacado todavía. Eso dice mucho en favor de ellos.—No estoy de acuerdo con esa opinión.— ¿No?—Si los jupiterianos llevan cinco años soportando nuestra presencia es porque no tendrán todavía la forma idónea para echarnos del planeta. Posiblemente ya tengan un plan en marcha que nosotros no conocemos. Y puesto que en cinco años no han intentado ponerse en contacto con los miembros de Base Júpiter, tengo que desconfiar de ellos. De querer la convivencia pacífica ya tenían que haberse comunicado con las fuerzas de invasión. —Es posible que no les merezcamos confianza, —Pues yo tampoco me fío de ellos. — ¿Y eso justifica una matanza colectiva? —Sí —aseguró, tajante, Randall—. Nadie más que esos extraños seres pudieron eliminar a los componentes de las tres tripulaciones desaparecidas en la zona. Y para tu información te diré que el jefe de una de las naves, el mayor Lorrian, fue de mi promoción. La doctora dejó escapar una suave risita. —De modo que se trata de una vulgar venganza. —No voy a seguir discutiendo contigo, Marión —masculló colérico Randall—. Lorrian era el hombre más humanitario que he conocido en toda mi vida. Nunca hubiera actuado en contra de sus extraordinarios principios morales. Pero aun así no ha sido por la desaparición de Lorrian por lo que he ordenado la destrucción de esas rocas. Era mi obligación hacerlo para saber a qué atenernos en el futuro. —Dudo mucho...— ¡Basta ya, Marión! —la cortó Randall, haciendo un brusco ademán—. En adelante, te limitarás a cumplir escuetamente mis órdenes. No estoy dispuesto a consentir que se discutan.Los ojos de la muchacha relampaguearon, pero no dijo nada. Solamente crispó los labios en furioso mohín.Se hizo un silencio y lo aprovechó Walt Gunderson para preguntar:— ¿Adónde nos dirigimos, Greg?—A la base, Walt. Tenemos que llegar a ella lo antes posible.Trollope y Morales cambiaron una mirada de extrañeza y después de unos instantes, inquirió el español: — ¿Regresamos a la base, Greg?—Eso he dicho —gruñó Randall sin poder olvidar la discusión que había sostenido que Marión York—, ¿Tienes algo que objetar?—No, no... —se apresuró a negar Morales—. Lo pregunté por simple curiosidad.—Hemos tenido la suerte de averiguar detalles importantes en torno a zona

Misericordia —siguió informando el mayor—. Ahora nuestro deber es comunicar todo cuanto sabemos para que se puedan tomar las medidas oportunas.— ¿Qué tipo de medidas?Randall encogió los hombros.—Supongo que el general Baldwin enviará fuerzas de choque a estas endiabladas selvas. Desde este momento dispone de unas referencias de las que antes carecía.Morales chasqueó la lengua.—Los jupiterianos darán mucho trabajo.—Puedes estar seguro de eso, muchacho. Será una lucha larga y costosa, pero hay que afrontarla.James Dutton intervino preguntando:

- — ¿No se podría llegar a un acuerdo con ellos? Acabamos de darles una prueba de nuestro poder. Randall compuso una mueca irónica.
- —Y eso te hace suponer que estarán dispuestos a firmar un tratado de paz, ¿eh? Si me dices la forma de comprobar que unos seres invisibles acatan lo pactado, te diré que es posible llegar a un entendimiento.Trollope se pasó la mano por los cabellos.—Es una difícil papeleta que resolver.—A mi modo de ver sólo existen dos alternativas —dijo Greg—. O acabamos con todos los jupiterianos o nos tendremos que marchar del planeta y renunciar a su colonización.— ¿Tú crees?—Seguro. El que esos seres sean invisibles representa un inconveniente insalvable para cualquier intento de acuerdo. Pero afortunadamente no somos nosotros los que tenemos que decidir. La decisión final corresponde a nuestros jefes. De todas formas se trata de un grave problema que nos traerá muchas complicaciones.Morales iba a decir algo, pero en eso llamó Walt Gunderson desde los mandos conductores:—Eh, Greg.— ¿Qué ocurre?—Echa un vistazo al visor frontal. Tres naves se aproximan a toda velocidad.Randall arrugó el ceño y se dirigió al visor indicado seguido por los otros. Estuvo unos segundos comprobando lo que había dicho Gunderson y escuchó que Trollope comentaba por encima de su hombro:—Parece que vienen en formación de combate, Greg.
- —En efecto —movió la cabeza súbitamente preocupado el mayor—. Y los tenemos a menos de cinco minutos.
- —Tienen que ser naves terrestres, Greg —dijo Gunderson —. Puede haberlas enviado Baldwin en nuestra búsqueda. El no podernos comunicar con ellos los debe tener preocupados.
- —Es posible que sea así —convino Randall—. Pero de todas formas vamos a prepararnos para repeler cualquier ataque.
- Sus hombres lo miraron sorprendidos.
- — ¿Crees que puedan ser naves enemigas? — preguntó

Morales, adelantándose a los otros—. Por aquí es casi imposible encontrarlas.

- —Tengo un vago presentimiento.— ¿Un vago presentimiento? —repitió Dutton—. Yo no creo que los jupiterianos dispongan de naves, Greg.Harvey Trollope afirmó rotundo:
- —Cualquier nave forastera que hubiese entrado en la órbita de Júpiter ya estaría localizada y destruida por las escuadrillas defensivas de la base.
- —Está bien —los cortó Randall, haciendo un ademán—. Estoy de acuerdo que, en teoría, no pueden ser naves enemigas. Pero me sentiré más tranquilo si estamos preparados para cualquier contingencia. Vete al transmisor y procura establecer comunicación con ellos, Harvey. Si lo consigues solicita inmediata identificación.
- Trollope dio una cabezada y se fue a cumplir la orden.
- El mayor miró a Dutton y Morales. —Vosotros dos situaros tras los cañones y esperad mis órdenes. —Sí, Greg.
- En la cabina quedaron Gunderson, Marión y Randall. Este se giró mirando a la doctora.
- —Ocúpate de retirar la barrera magnética, Marión. La muchacha se lo quedó mirando a los ojos. — ¿Crees de veras que pueden ser naves enemigas? Greg encogió los hombros.
- —Te lo podré decir con seguridad dentro de dos o tres minutos.Marión no dijo nada más. Y se disponía a abandonar la cabina cuando anunció con voz alterada Gunderson:—Son PZ-24, Greg. Parece que no hay nada que temer.Pero el sueco se equivocó.Porque tan pronto se hallaron a la distancia adecuada, las tres naves que llegaban se pusieron a disparar contra ellos.

•

•

•

• # CAPÍTULO XI

• Greg Randall gritó una rápida orden a Gunderson y éste hizo que la nave describiera un veloz viraje de noventa grados.Un rayo lumínico pasó muy cerca del fuselaje.— ¡Sube cuanto te sea posible, Walt! —siguió gritando Randall al piloto —. Mientras estén bajo nosotros no tendrán ángulo de tiro.Gunderson obedeció fielmente las instrucciones de su jefe y el PZ-24 se elevó a vertiginosa velocidad. Las tres naves agresoras quedaron muy por debajo de ellos y utilizando el micro de comunicación interior ordenó Randall a los hombres que ocupaban los cañones:—Disparad en cuanto los tengáis a tiro. Intentaremos maniobrar convenientemente para daros el máximo de posibilidades. ¿Habéis escuchado?A través del altavoz le llegó la respuesta de Morales:—Positivo.Tomando asiento en el puesto gemelo de pilotaje, empuñó el mayor los mandos. Entonces giró la cabeza pidiendo al sueco:—Déjame llevarlo a mí, Walt.—De acuerdo.Tan pronto como tuvo Randall el dominio del PZ-24 lo obligó a describir un giro extremadamente peligroso. A la velocidad que llevaban resultaba una maniobra suicida. Pero el mayor demostró una pericia que pocos miembros de la Milicia Astral poseían.Y con su maniobra dio facilidades a los cañoneros.Pasaron décimas de segundo y de pronto exclamó Gunderson:— ¡Le hemos dado a uno, Greg!El mayor dirigió una fugaz mirada al visor.En la pantalla pudo ver que uno de los PZ-24 agresores había sido alcanzado por los disparos de Dutton y Morales. Rápidamente se convirtió en una bola de fuego y no quedó ni el menor rastro de él. Sólo algunos fragmentos ígneos volando en todas direcciones.Los pudo eludir Greg sin dificultad y utilizó el micro situado frente a su boca para comunicar con Trollope:— ¿Has conseguido algo positivo, Harvey?—Nada de nada, Greg —le respondió malhumorado Trollope—. Esos tipos no me escuchan..., o no quieren contestarme.— ¿Tienes indicios de que puedan percibirte?—Estoy seguro de que me están escuchando, maldita sea. ¿Por qué diablos no responden?—Quizá no les interese hacerlo —dijo pensativo Randall—. Continúa emitiendo, Harvey.—De acuerdo.Randall miró al visor y tuvo que realizar una rápida maniobra para quitarse de encima a los dos PZ-24 que los perseguían a inaudita velocidad. Por el momento logró esquivarlos y eliminar el peligro de ser

alcanzados por sus disparos.Su mente no dejaba de funcionar. ¿Por qué estaban siendo atacados por naves de la propia Milicia Astral a la que ellos pertenecían? ¿De dónde habían salido aquellos endiablados vehículos que se empeñaban en destruirlos? Todas las preguntas que se formulara tenían que ser contestadas con conjeturas. Y la única teoría posible era que...—¡Cuidado, Greg!El grito de aviso brotado en la garganta de Gunderson llegó justo a tiempo de evitar la catástrofe. Porque uno de los dos PZ-24 atacantes acababa de ponerse sobre ellos y sus cañones estaban abriendo fuego sin cesar.Sólo una nueva maniobra suicida podría salvarlos.Randall lanzó en picado su nave sin ni siquiera pensarlo. A pesar del peligro que representaba volar hacia el suelo, era la única manera de eludir los rayos lumínicos que buscaban el fuselaje del vehículo que pilotaba.El suelo subió vertiginosamente hacia ellos.Gunderson crispó los maxilares y tensó todos los músculos de su cuerpo.Cuando la colisión contra el suelo parecía inevitable surgió una vez más la gran pericia de Greg Randall. Accionó los mandos con pulso firme y el PZ-24 describió un cerrado giro saliendo milagrosamente del vertiginoso picado.El piloto de la nave perseguidora intentó llevar a cabo idéntica maniobra que Randall.Pero quedó patente que carecía de la maestría de éste y aunque su vehículo inició bien el cerrado viraje, no pudo llegar a concluir el giro completo. El PZ-24 se precipitó contra la espesa vegetación de aquel lugar y después de deslizarse más de media milla sobre los arbustos acabó estrellándose contra unas rocas.La propia vegetación había frenado su velocidad antes del impacto final y a ello se debió que no estallara como consecuencia del choque. Quedó inmóvil y parcialmente destrozado entre el follaje.Ahora la lucha estaba igualada.Randall se dispuso a terminarla con rapidez y volvió a subir raudamente esperando que la nave superviviente se lanzara en su persecución. El otro piloto cayó en la trampa que le tendía el mayor y fue tras él a toda velocidad.Apenas lo vio venir por la retaguardia, imprimió Randall un desplazamiento hacia la izquierda a su nave. Acto seguido retuvo la marcha dejando que la otra pasara de largo.Era el momento oportuno para que entraran en acción Dutton y Morales.Estos no desaprovecharon la oportunidad que les brindó su jefe y empezaron a disparar sin interrupción contra la nave enemiga. Varias lenguas de fuego buscaron su fuselaje.Y fue Morales el que la alcanzó con un rayo láser.El PZ-24 se incendió súbitamente como una antorcha y a renglón seguido explotó en diminutos fragmentos incandescentes que se esparcieron por el

espacio.Una vez concluida la lucha redujo Randall la velocidad.

- A su lado emitió un suspiro de alivio Gunderson. —Creí que no lo contaba, Greg.
- —Hemos tenido mucha suerte, Walt —respondió el mayor, quitando importancia a lo que había hecho—. Toma los mandos y desciende hacia la que ha caído entre la vegetación.—¿Quieres posarte otra vez en esas malditas selvas?—Tengo que echar un vistazo al interior de esa nave. Es de vital importancia —hizo una breve pausa y añadió— Sitúate cerca de ella y aguarda mis órdenes. Voy a cambiar impresiones con Marión.—De acuerdo, Greg.El mayor se dirigió a la pequeña cabina de la doctora y ésta levantó la cabeza tan pronto lo vio aparecer. Durante unos instantes se miraron en silencio. Finalmente, dijo Randall:—Todo ha terminado.—Lo sé.—Uno de los PZ-24 ha caído en la maleza y no ha estallado milagrosamente. Quizá la misma espesura le sirviera de amortiguación.Marión asintió con un leve movimiento de cabeza.—Lo he visto.—Quiero echar un vistazo al interior de esa nave. Opino que los jupiterianos no podían pilotarlas. La doctora lo miró fijamente.—Sabes que salir es exponerse a un grave peligro. No podemos garantizar que esos seres no se encuentren por los alrededores. Si caes en poder de ellos...Hasta aquel momento ambos habían estado hablando con cierta tirantez. Pero ahora advirtió Randall que en la voz de ella había bastante inquietud.Sonrió forzadamente y dijo:—No pienso abandonar la nave.Marión frunció el entrecejo.—Pero quieres echar un vistazo al interior de ella, ¿no?—Eso es —afirmó el joven con la cabeza—. Ese PZ-24 casi se ha partido en dos al chocar contra las rocas. Por la parte frontal tiene una enorme abertura en el fuselaje. Mi intención es aproximarnos lo suficiente a él como para introducir la lente del visor en el interior. ¿Lo crees posible?La muchacha lo pensó unos instantes. —Se puede intentar —respondió en tono quedo—. Pero sería conveniente volver a situar la barrera magnética de protección. Vamos a estar demasiado cerca de ese vehículo.Randall lo aprobó moviendo la cabeza.—Hazlo en seguida porque Walt se está aproximando a él. Luego te reúnes conmigo en la cabina de mando.—De acuerdo.El joven se dispuso a salir de la pequeña cabina, pero inesperadamente se detuvo bajo el dintel y se giró mirando a la muchacha.—Marión...— ¿Sí?— ¿Volvemos a ser amigos?Ella lo envolvió en una cálida y extraña mirada. Luego esbozó una leve sonrisa y sacudió la cabeza.— ¿Hemos dejado de ser amigos en alguna ocasión?—Bueno..., creo que me comporté con bastante brusquedad y...La muchacha lo cortó haciendo un gesto:—Que yo sepa nunca hemos dejado de ser

amigos, Greg. Tenemos nuestras diferencias, pero eso es todo.Randall sonrió igual que ella.—No tardes en venir.—Lo haré en cuanto sitúe la barrera de nuevo.El mayor regresó junto a Gunderson y le dio instrucciones para que pusiera la nave frente a la tremenda abertura que tenía la otra en el fuselaje.El sueco lo fue haciendo lentamente y cuando consideró Randall que se hallaba a la distancia adecuada le ordenó que la inmovilizara allí sin desviarse ni una pulgada. Los PZ-24 podían hacerlo y Gunderson no tuvo dificultad para mantenerla inmóvil frente a la abertura.Estaban acabando la maniobra cuando llegó Marión.Entre ella y Randall comenzaron la difícil tarea de introducir el largo brazo en cuyo extremo se encontraba la lente del visor por el boquete. Necesitaron echar mano a toda la habilidad que pudieron, pero acabaron logrando sus propósitos.El mayor accionó un resorte y el interior de la nave siniestrada apareció en la pantalla del visor.Entonces pidió a la muchacha que fuera moviendo lentamente el largo soporte que sostenía la lente.Marión fue haciéndolo con lentitud.El jefe de la expedición se situó junto a la pantalla y tan pronto puso la mirada en ella frunció el ceño sorprendido. Dentro de aquella nave habían varios cadáveres de personas como ellos. Incluso vestían el uniforme de la Milicia Astral.Estaban tan destrozados que apenas si era posible reconocerlos.Escrutaba atentamente todo el interior de la destrozada nave cuando apareció súbitamente un rostro en primer plano. Respingó sobresaltado y levantó la diestra pidiendo:— ¡Quieta ahí, Marión!La muchacha suspendió el giro que estaba imprimiendo al mecanismo que hacía mover la lente y miró sorprendida a Greg.— ¿Qué sucede? Randall miraba fascinado a la pantalla y tuvo que repetir la pregunta Marión: — ¿Qué estás viendo ahí, Greg? El mayor la llamó haciendo un ademán:—Ven a mirar esto.La muchacha fue a su lado y durante varios segundos estuvo observando aquel rostro que se reflejaba en la luminosa pantalla. Después musitó apagadamente:—No hay duda de que son terrestres como nosotros, Greg. ¿Cómo han podido...?Randall tenía el semblante inexpresivo.—Eso no es lo más sorprendente, Marión.Ella ladeó la cabeza y lo miró interesada.— ¿No?Y se quedó muda de asombro al escuchar que el mayor decía:—Ese hombre era el mayor Lorrian.

•

CAPÍTULO XII

Marión York tardó largos segundos en salir del asombro producido por las palabras que había pronunciado Greg. Cuando

pudo reaccionar, inquirió sin apartar los ojos de él:— ¿Estás seguro de eso, Greg?—Completamente —movió Randall la cabeza en sentido afirmativo—. Conocía lo suficiente a Guy Lorrian como para no confundirme.—Eso podría significar... algo terrible, Greg.El joven asintió.—Podría significar que las otras naves eran las de Moore y Ryan. Estaba pensando precisamente en esa posibilidad. Creo que las tres naves que nos atacaron son las mismas que desaparecieron en esta zona, Marión.Ella no ocultaba su perplejidad.—Eso es casi imposible, Greg. La primera de esas naves, la del capitán Moore, desapareció hace aproximadamente un año.— ¿Y qué?—Que no comprendo cómo han podido sobrevivir tanto tiempo. Sabemos a ciencia cierta que en Júpiter no existen alimentos para los terrestres. Todas las extrañas plantas que hemos analizado carecen de poder alimenticio.—Sin embargo, ese cadáver es el de Lorrian, Marión. Empiezo a temer... qué zona Misericordia encierra misterios insondables entre sus impenetrables selvas.Hubo un silencio y lo rompió Marión musitando quedamente:—Empiezo a sentir un poco de miedo, Greg.—Nada tenemos que temer —aseguró él—. Parece que la barrera de protección ha cumplido bien lo que se esperaba de ella. Bajo ningún pretexto volveremos a retirarla mientras nos encontremos en zona Misericordia. Es nuestro seguro de vida.En aquel momento entraron en la cabina, Dutton, Morales y Trollope. El mayor los puso rápidamente al corriente de lo que ocurría y los tres se quedaron estupefactos.Rafa Morales se pasó la mano por los cabellos mascullando:— ¡Diablos...! Si esas tres naves que hemos derribado eran las que veníamos buscando... —se interrumpió unos instantes y a continuación gruñó—: Aquí hay un misterio difícil de resolver.—Deberíamos regresar a la base lo antes posible, Greg —pidió Trollope con cierta vehemencia—. Lo que está pasando es mucho más grave de lo que esperábamos.—En efecto —reconoció Randall—. ¿Sigue sin funcionar el emisor?Trollope imprecó una maldición.—Ese maldito trasto se ha estropeado definitivamente.—Entonces no tenemos otra alternativa que regresar. Tengo que informar a Baldwin de todo esto.El propio Randall empezó a recoger el brazo en cuyo extremo se hallaba la lente del visor. Marión se aproximó a ayudarlo y mientras lo recogían, murmuró:—Greg... —Dime.—Creo que tú llevabas razón respecto a los jupiterianos. Esos extraños seres no pueden ser pacíficos si han lanzado a Lorrian y los otros en contra nuestra.El mayor dio una cabezada. —Me alegro que lo reconozcas, Marión —replicó el joven sonriendo brevemente—. No obstante, debo admitir que no me

siento orgulloso en absoluto de lo que hicimos. A fin de cuentas ellos están en su planeta y nosotros somos los invasores. En caso opuesto los terrestres actuaríamos de la misma manera que los jupiterianos.—Tienen derecho a defenderse con los medios que puedan.—Desde luego. Pero mi obligación era destruir aquellos picos anaranjados y cerciorarme de que estaban allí.Terminaron de recoger el soporte y siguió hablando la muchacha:—Ahora se emprenderá una acción exterminadora, ¿no?

- Greg Randall se giró mirándola al fondo de los ojos, —Creo que sí, Marión.
- Ella inclinó la cabeza apesadumbrada y todos los presentes se sintieron contagiados de su tristeza. Tenían sentimientos humanitarios a pesar de que podían convertirse en verdaderos diablos cuando se veían en la necesidad de luchar.El silencio se prolongó interminablemente.Hasta que lo rompió Marión diciendo con los ojos brillantes:
- ¿Por qué ha de imperar siempre la violencia, Dios mío? Quizá... es que forma parte de nosotros mismos y sentimos la imperiosa necesidad de llevarla siempre en nuestro peregrinar por el universo. Algún día deberían acabarse las guerras.
- Greg Randall no pudo evitar el ramalazo de ternura que lo sacudió.De pronto alargó el brazo y pasándolo por los hombros de la muchacha la atrajo suavemente.Besando los dorados cabellos femeninos, susurró:—Las guerras son inevitables porque estamos llenos de odio y la codicia es mayor que nuestros sentimientos, Marión. Y no obstante..., estoy seguro de que a ninguno de nosotros nos gustan las guerras.A la muchacha le rodaron dos lágrimas por las mejillas.Súbitamente la soltó Randall y girándose a Gunderson ordenó un tanto áspero: —Regresemos a la base, Walt.
-
- * * *
-
- Morales, Dutton, Trollope y Gunderson, se quedaron aguardando en la antesala.Greg Randall entró acompañado de Marión en el despacho del general Baldwin, que después de los saludos de rigor dijo con dura entonación al mayor:—Ha debido comunicar con nosotros durante el tiempo que han permanecido en zona Misericordia, mayor Randall. Pero según parece es usted un absolutista.—Nuestro emisor se averió, general.—¿Espera que crea eso?Randall levantó tranquilo los hombros.—Es la verdad, general.—Está bien —gruñó Baldwin, dando una brusca cabezada—. Supongo que no han tenido demasiado éxito en la misión, a juzgar por lo pronto que han regresado, ¿me

equivoco?—Se equivoca, señor —replicó hablando pausadamente el mayor—. Puedo asegurarle que traemos información sumamente valiosa de zona Misericordia.— ¿Sí?—Se sorprenderá cuando le diga lo que hemos averiguado.Baldwin arrugó el ceño y movió ambas manos invitando:—Adelante, Randall.El joven guardó un breve e intencionado silencio y luego empezó a decir con cierto énfasis en la entonación.—En primer lugar le diré que existe vida inteligente en Júpiter, general. Son seres extraños que...

- El jefe de Base Júpiter levantó la diestra atajándolo: —Un momento, Randall. Greg titubeó unos instantes. —Diga, señor.
- — ¿Pretende hacerme creer que usted ha descubierto en tres días lo que nosotros no hemos podido averiguar en cinco años?Randall atirantó los músculos del rostro.—Estoy informando de los resultados obtenidos en la expedición que hemos llevado a cabo, señor —replicó, secamente—. Quizá podamos decir que la suerte nos acompañó en nuestra misión.Hubo un corto silencio y lo rompió el general Baldwin inquiriendo:— ¿Asegura usted que existe vida inteligente en este planeta?—Exacto, general.— ¿Tiene alguna prueba de lo que está diciendo?El mayor esbozó una corta e irónica sonrisa.—Traer una prueba hubiese resultado demasiado peligroso, general. Los jupiterianos son muy difíciles de cazar.— ¿Sí, eh?—Todos los miembros de la expedición podemos dar fe de ello, señor.Pierce Baldwin se pasó la diestra por el mentón y dio varios pasos por el despacho en actitud meditativa. Finalmente acabó encarándose a Greg y dijo:—Vamos a ver si lo entiendo, mayor. Usted asegura que existe vida inteligente en Júpiter, pero no tiene ninguna prueba de lo que está diciendo, ¿me equivoco?—No, general.—Y pretende que dé crédito a algo tan absurdo sólo porque usted y sus hombres lo afirmen, ¿es eso? Marión York se adelantó un paso solicitando: — ¿Puedo hablar, general Baldwin?—Desde luego, doctora York —cabeceó afirmativamente el jefe de la base—. Diga cuanto desee.La voz de la muchacha fue firme al ir diciendo:—El mayor Randall ha dicho la verdad, general. Hemos podido averiguar que existe vida en Júpiter. Este planeta lo habitan extraños seres invisibles que tienen la facultad de poder introducirse en cualquier materia. Son extremadamente peligrosos, puesto...Baldwin no la dejó continuar hablando:—Ya está bien, doctora.Marión parpadeó sorprendida.—General...—Lamento verme obligado a decir que se encuentra usted influenciada, a pesar suyo, por la fantasía del mayor.Grag Randall crispó los maxilares y sus ojos fulguraron.—Las ordenanzas dicen que todo informe debe

hacerse por escrito, general Baldwin —silabeó, mirando tenso al rostro de su superior—. Le pasaré mi informe tan pronto lo tenga redactado y guardaré una copia para el general George H. Colé. No olvide que he venido a Base Júpiter directamente comisionado por él.Pierce Baldwin encajó mal las duras palabras del joven.—No me gusta su insolencia, Randall.—Mis palabras no son en modo alguno insolentes, señor. Ahora debo pedirle que disponga una nave para nuestro regreso a Marte, después de haberle entregado mi informe. ¿Puedo contar con ella, general?Baldwin titubeó unos segundos antes de asentir:—Cuente con esa nave, Randall.—Gracias, señor. ¿Podemos retirarnos?—Sí.Greg giró sobre los talones y seguido de Marión abandonó el despacho a grandes zancadas. Una inusitada rabia interior lo dominaba a causa de la estúpida incredulidad de Baldwin.Marión esperó a que él cerrara la puerta del despacho y movió la cabeza murmurando:

- —Nuestra historia se hace muy difícil de creer, Greg. —¡Ese tipo...!
- La muchacha puso una mano en su brazo conteniéndolo.Se había dado cuenta de que el capitán ayudante de Baldwin no les quitaba la mirada de encima.Morales, Dutton, Gunderson y Trollope, se aproximaron a ellos y preguntó interesado el último:— ¿Qué?Randall encogió los hombros malhumorado.—Somos unos embusteros, muchachos.Sus hombres se miraron muy sorprendidos y antes de que volvieran a formular otra pregunta se dirigió Randall al capitán ayudante del general:—¿Dónde puedo redactar un informe, capitán?El individuo señaló una puerta situada a la derecha de ellos.
- —La sala de juntas le servirá, mayor. —Gracias.
- Randall entró en la amplia sala de juntas seguido de los restantes elementos que componían la expedición y justo en aquel momento escuchó al capitán Devanter que el general lo llamaba por el intercomunicador.Dio unos suaves golpecitos en la puerta del despacho y entró en él.Baldwin estaba en pie y preguntó, tan pronto hubo cerrado a su espalda el capitán Devanter: — ¿Dónde están? —En la sala de juntas.—Está bien —cabeceó lentamente el general—. Esos terrícolas han averiguado demasiado sobre nosotros. Que una escuadra se encargue de exterminarlos.

CAPÍTULO XIII

- La puerta de la sala de juntas se abrió súbitamente.En el hueco aparecieron seis individuos que vestían el uniforme de la

Milicia Astral y durante unos segundos se quedaron mirando inexpresivos a los que se encontraban dentro del recinto.Randall, Marión y los otros, levantaron la cabeza sorprendidos.

- Y Morales masculló emitiendo un gruñido: — ¿Nadie os enseñó a llamar, chicos?
- Uno de los individuos pidió con voz impersonal:—El general ordena que vengáis con nosotros.La mirada del mayor se cruzó con la del fulano.
- Y en una fracción de segundo lo comprendió todo. Los ojos de aquel individuo poseían la misma mirada opaca de las orugas que había visto en zona Misericordia. No permitió que la sorpresa asomara a su rostro y procurando mostrarse sereno, inquirió:
- — ¿Adonde hemos de ir?—Una nave os está esperando.—Todavía no terminé de redactar el informe.El tipo encogió los hombros.—El general Baldwin opina que eso es secundario. Ya escribirás tu informe durante el viaje.—Ya —movió la cabeza tranquilamente Randall—. Desea que se lo envíe desde Marte, ¿no?—Eso debe ser.Marión no pudo contenerse y comentó en tono sarcástico:
- —El general Baldwin es aquí una especie de dictador, ¿no? Siempre se hace lo que él dice. Randall soltó un gruñido: —Silencio, Marión. —Pero...
- —No olvides que el general Baldwin es nuestro superior.
- La muchacha se mordió el labio furiosa y Randall se volvió al individuo haciendo un ademán: —Cuando queráis, muchachos.
- Tres de aquellos tipos abrieron la marcha y los otros tres se situaron a espaldas de Randall y los suyos. Pasaron por el antedespacho en dirección a la salida y pudieron observar que el capitán no se encontraba tras su mesa.Poco después alcanzaron el exterior del edificio.Aquella salida daba a las pistas de la base y Randall observó que en ellas se encontraban algunas naves interplanetarias. Tenían que librarse de aquellos tipos y tratar de alcanzar una de las naves.
- El problema estaba en que no sabía en qué momento dispararían sobre ellos los falsos miembros de la Milicia Astral.Dominando perfectamente sus nervios fue acortando el paso paulatinamente y acabó deteniéndose. Miró en dirección a las naves y preguntó con naturalidad:
- — ¿Cuál de ellas nos llevará de regreso a Marte?El mismo individuo que había hablado en la sala de juntas, ordenó bruscamente:—Sigue andando.—Vaya, hombre —exclamó

simulando fastidio Randall—. Sólo deseaba saber en qué nave viajaremos.—Te lo diré cuando lleguemos a ella.—Está bien —suspiró el mayor—, Pero no hay que molestarse tan pronto, ¿no?Marión y los cuatro compañeros de Randall estaban extrañados. Nada de aquello era normal, pero lo que más los sorprendía era el dócil comportamiento del mayor. Ya tendría que haber zarandeado al engreído tipo atrapándolo del cuello.Sin embargo, se mostraba muy sereno.Los falsos miembros de la Milicia Astral iban totalmente confiados. El capitán Devanter les había dicho que los terrícolas no sospechaban nada en absoluto. Debían llevarlos a un espacio abierto de las pistas y acabar allí con ellos.La mente de Randall funcionaba a ritmo forzado.Sabía que de un momento a otro aquellos tipos se pondrían a disparar y entonces estaría todo perdido. La supervivencia del grupo dependía de lo que hiciera él, ya que ninguno parecía haberse dado cuenta de que iban acompañados por jupiterianos.Y pensó que no debía demorarse más.Súbitamente llevó la mano a la culata de la pistola y desenfundándola con veloz movimiento se revolvió empezando a disparar contra los confiados individuos que cerraban la comitiva.Los fulanos apenas si tuvieron tiempo de aullar antes de ser alcanzados por los rayos láser.Mientras apretaba el resorte de su pistola gritó Randall:— ¡Son jupiterianos!Aquel rápido ataque los había cogido por sorpresa a todos.

- Los tres jupiterianos que abrían la marcha se revolvieron con rapidez y levantaron sus armas dispuestos a utilizarlas sin titubear contra el grupo de terrícolas.
- Pero Greg no les dio oportunidad de hacerlo.Con tres rápidos disparos en semirráfaga los carbonizó ante la perplejidad de sus compañeros.— ¡Toda la base está dominada por los jupiterianos! —aulló, sacando a sus amigos de la paralización que les había causado la sorpresa—, ¡Tenemos enemigos en todas partes!
- Trollope y Morales fueron los primeros en reaccionar. El español preguntó con su pistola empuñada:
- — ¿Qué podemos hacer, Greg?—Tú y Harvey corred a las naves —ordenó hablando rápido el mayor—. Es preciso encontrar una que tenga suficiente energía para llegar a Marte.Morales y Trollope corrieron agazapados hacia las naves interplanetarias inmóviles en las pistas.Randall indicó a los otros un muro de protección situado a unas veinte yardas del lugar donde estaban.— ¡Vamos a protegernos allí!El propio Greg sujetó a Marión del brazo y la llevó a toda carrera en dirección al muro. Dutton y Gunderson cerraron la marcha disparando

contra varios sujetos que habían aparecido en la puerta de los hangares.Cuando estuvieron protegidos por el muro, dijo Randall:—Hay que proteger a Rafa y Harvey. Disparad sin vacilar contra todos los fulanos que veáis. No hay miedo de equivocarse puesto que sólo tenemos enemigos a nuestro alrededor.Marión lo miró fruncido el entrecejo.— ¿Cómo puedes estar tan seguro, Greg?—Lo leí en los ojos del fulano que vino a buscarnos a la sala de juntas. Tenía la misma mirada opaca de las orugas.—Pero eso no es suficiente —objetó ella, preocupada —. Podemos estar cometiendo un terrible error.Greg le enseñó los dientes sonriendo ácidamente.—De tedas formas no me cae bien ese Baldwin, Marión.

- La muchacha abrió mucho los ojos. —Eres un…
- —Oculta la cabeza si no quieres que te la conviertan en carbón, nena.Dutton y Gunderson no dejaban de disparar hacia el edificio principal de la base. Randall se ocupó de contener a los fulanos que pretendían salir de los hangares.Y mientras lo hacía fue diciendo a Marión:—Piensa un poco y verás que todo es lógico, doctora. Tú misma dijiste que las tres naves desaparecidas no podían haberse mantenido tanto tiempo sin alimentos. Y estabas en lo cierto. Lorrian y los otros dos salieron de aquí con el único propósito de destruirnos. Puede que sus dos acompañantes no fueran Moore y Ryan, pero eso no tiene importancia. Si no eran ellos tienen que encontrarse en alguna parte de esta base.— ¿Y cómo explicas que nosotros hayamos salido ilesos de zona Misericordia?—Posiblemente a causa de la barrera magnética de protección. A ninguno de los otros se les debió ocurrir la idea y eso les costó caro. Ahora todos llevan a un jupiteriano dentro.Marion sacudió la cabeza.Esperó a que Randall disparara dos veces consecutivas y comentó:—No obstante… podían haberse introducido en nuestros cuerpos al llegar de regreso a la base. En realidad no tenían necesidad de exterminarnos.—Quizá tuvieron un poco de miedo a nuestra inteligencia. No olvides que hemos sido los primeros en atacarlos produciéndoles bastantes bajas, y además pudimos contenerlos con la barrera de protección. De todas formas puede ser otro el motivo.— ¿Cuál?Greg se ocupó de contener a tres sujetos que aparecieron disparando en la puerta de los hangares. Después de achicharrarlos, contestó a la muchacha sin dejar de mirar al frente:—Es posible que los jupiterianos estén cansados de seguir soportando a los terrícolas en su planeta y hayan decidido comenzar a exterminarlos de forma sistemática. Para ellos es una tarea sencilla. Les basta con abandonar los cuerpos de las víctimas segundos antes de que otros poseídos disparen

sobre ellos.—Pero., eso es una monstruosidad.—Es una guerra, Marión.Ella quedó unos instantes en silencio, sobrecogida por sus propios pensamientos. Luego movió los labios musitando:—No se debe consentir...—Lo único que debe preocuparnos ahora es salir de Júpiter, nena —le interrumpió Randall con un gesto—. Después será el momento de resolver otros problemas.Pero en aquel momento, como si fuera una respuesta a las palabras pronunciadas por Greg, se escuchó sobre ellos una fuerte y metálica voz:—Es inútil toda resistencia, Randall. Nunca lograréis salir del planeta con vida.Era el poseído general Baldwin hablando por los altavoces de la base.Greg apretó los maxilares y escuchó que el jupiteriano metido en el cuerpo del general seguía utilizándolo para decir:—Si os entregáis ahorraréis vidas de compañeros vuestros. De todas maneras somos demasiados y jamás conseguiréis huir de aquí. Lo único que hacéis es matar terrestres como vosotros.— ¡Eso no es cierto! —gritó Randall hacia el edificio principal—. Por cada terrícola que muere también desaparece un jupiteriano. Lo sabemos positivamente.Se escuchó una breve risita a través de los altavoces y acto seguido se burlón Baldwin:— ¿Estás seguro, Randall?

- —Ya lo pudimos comprobar cuando murió nuestro compañero Karl Hoffman. El jupiteriano que se hallaba dentro de él también quedó eliminado.
- —Tenéis un minuto para pensarlo, Randall. Si no os entregáis después de ese tiempo, iremos a buscaros. Y entonces prometo que lo pasaréis muy mal. Sobre todo esa mujer.Randall apretó las mandíbulas rabioso.

- ¡Malditos cerdos...!

- Marión puso una mano en su brazo y levantó la cabeza envolviéndole en una cálida mirada.

- No debes preocuparte por mí, Greg.

- El joven se giró y sus miradas quedaron prendidas. Después de una breve vacilación, empezó a decir:—Creo que siempre he sido un estúpido, Marión. Te conozco hace mucho tiempo y nunca tuve valor para decirte que te quiero más que a nada en el mundo Tiene que ser en un momento de peligro como éste cuan do... ¿Por qué somos tan imbéciles las personas diablos?Ella sonrió abiertamente.—Yo creí que en el fondo me odiabas un poco, Greg.— ¿Odiarte...? —se quedó mudo de asombro el joven—. ¿Cómo pudiste pensar una cosa así?—

Bueno..., siempre teníamos que estar discutiendo...Walt Gunderson les interrumpió llamando la atención de su jefe:—Se están preparando para un ataque en toda regla, Greg. Creo que van a utilizar proyectiles de control remoto.Dutton chasqueó la lengua.—Bastará uno de ellos para pulverizarnos.En aquel momento volvió a escucharse la voz del general por los altavoces:—Ha transcurrido el plazo, Randall. ¿Qué decides? Greg miró a las tres personas que le acompañaban y observó que sus rostros aparecían crispados. Marión alargó la mano y apretó suavemente, con inusitada ternura, la zurda de él.Tras un corto silencio, encogió los hombros Gunderson.—De todas formas estamos perdidos, Greg. Es mejor acabar lo antes posible.Randall dio una lenta cabezada.—De acuerdo, muchacho. Que empiecen a disparar cuando quieran.

•

• ## CAPÍTULO XIV

• Por los altavoces se escuchó la voz apremiante de Baldwin:

• — ¿Qué has decidido, Randall? El joven gritó, sardónico:

• —Podéis empezar la fiesta cuando os venga en gana, maldito jupiteriano. Estamos preparados.

• acto seguido se asomaron Randall, Dutton y Gunderson por encima del muro empezando a disparar sus armas contra puertas y ventanas del edificio principal de la base.

Sin embargo, sabían que de nada serviría aquello.

De un instante a otro estallaría el fatídico proyectil que acabaría irremisiblemente con sus vidas.

No obstante, cuando ya estaban resignados a morir, ocurrió algo imprevisto que en cuestión de segundos cambió radicalmente el derrotero de la lucha. La esperanza volvió a renacer en sus pechos.

Una de las grandes naves comenzó a moverse en las pistas.

Avanzó lentamente en dirección a ellos y de pronto comenzaron a funcionar sus cañones enviando una andanada de proyectiles de alto poder destructor contra el edificio donde se encontraban Baldwin y la mayoría de los jupiterianos.

El edificio comenzó a saltar en pedazos.

Y Walt Gunderson se puso en pie levantando los brazos jubiloso.

— ¡Son Rafa y Harvey!

La poderosa nave siguió su lento avance sin dejar de disparar sobre las instalaciones de la base. Era evidente que aquel ataque habla cogido por sorpresa a los poseídos terrestres y estaba causando verdaderos estragos en ellos.

El suelo temblaba a causa de las continuas explosiones.

De pronto vieron, Randall y los otros, que la compuerta lateral de la nave comenzaba a abrirse. Todavía se encontraba a cierta distancia del muro que les servía de protección, pero el mayor pensó que el desconcierto reinante entre los jupiterianos jugaría a favor de ellos.

Sin pensarlo dos veces saltó en pie ordenando:

— ¡Vámonos de aquí!

Los cuatro se incorporaron echando a correr.

Randall atenazó la mano de Marión con su zurda y la obligó a inclinarse ligeramente mientras corrían.

Segundos después llegaban jadeantes al pie de la escalerilla que habían colocado desde dentro.

En el hueco de entrada apareció Trollope tendiendo ambas manos.

— ¡No hay tiempo que perder!

Marión subió los peldaños a toda prisa obedeciendo una rápida indicación de Greg. Detrás de la muchacha lo hicieron Gunderson, Dutton y Randall.

Tan pronto entró en la nave el mayor, cerró Trollope la compuerta,

—Ahora hay que salir de aquí lo antes posible —resolló, encendido el rostro por el esfuerzo de ayudar a sus compañeros—. Espero que Morales pueda seguir conteniéndoles mientras despegamos.

El mayor Randall tomó el mando inmediatamente y ordenó a

Dutton y Gunderson:

—Ayuda a Rafa mientras Harvey y yo nos ocupamos de despegar.

Los dos aludidos corrieron en apoyo del español y el fuego contra las instalaciones de la base se intensificó considerablemente.

Poco después, la poderosa nave se elevó en el espacio.

El planeta de extraños habitantes fue quedando atrás paulatinamente y los componentes de la expedición a zona Misericordia pudieron respirar aliviados.

Habían logrado conservar la vida a pesar de todo.

* * *

El general George H. Colé dio una larga chupada al grueso cigarro que sostenía entre los dedos y después de exhalar una bocanada de humo paseó la mirada por los rostros de las personas reunidas en su despacho.

—Cuando regresaron ustedes de Júpiter les pedí que guardaran silencio respecto a lo ocurrido en aquel planeta —empezó a decir con pausada entonación—. Ahora es mí deber advertirles que tienen totalmente prohibido cualquier tipo de comentario sobre la experiencia que han vivido. El caso ha sido considerado como alto secreto por el Consejo Mundial. Eso significa que la menor indiscreción que cometan será juzgada con el máximo rigor de las ordenanzas.

— ¿Se me permite hacer una pregunta relacionada con el caso, señor?

—Hágala, Randall —autorizó Colé—, Pero no puedo garantizarle la respuesta.

—Bien, señor —movió la cabeza el mayor—. ¿Se está elaborando ya un adecuado plan para la invasión de Júpiter?

El general Colé tardó un poco en contestar:

—Júpiter ha sido considerado planeta prohibido por ahora, Randall. Temo que pasarán muchos años hasta que estemos en condiciones de afrontar esa invasión con ciertas garantías de éxito. Las peculiares características de los jupiterianos nos impide llevar a cabo dicha invasión. Pero no dejaremos de vigilarles continuamente, aunque sabemos que todavía no representan un peligro para nuestra civilización.

Randall movió la cabeza en sentido afirmativo. —Comprendo, señor.

—Tengo algo más que comunicarles —siguió diciendo Colé—. Ustedes regresarán en seguida a la Tierra y serán destinados a distintas zonas. En ellas llevarán a cabo su cometido, pero no olviden en ningún momento que la prohibición seguirá vigente por tiempo indefinido.

Greg carraspeó levemente:

—Perdón, general…

Colé puso los ojos en él.

—Diga, Randall.

—La doctora York y yo tendremos que ser destinados a un mismo sitio.

—Deme una razón de peso, mayor.

Sin el menor titubeo, respondió el joven:

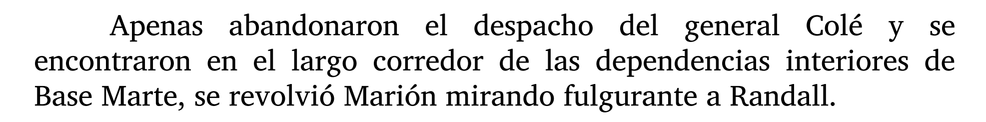
—Hemos decidido contraer matrimonio, señor.

La muchacha se quedó estupefacta.

El general Colé advirtió la gran sorpresa que se reflejó en el semblante de Marión al escuchar las firmes palabras de Randall. Sin embargo, sonrió levemente y acabó diciendo:

—En ese caso…, haremos una excepción, mayor.

* * *



Apenas abandonaron el despacho del general Colé y se encontraron en el largo corredor de las dependencias interiores de Base Marte, se revolvió Marión mirando fulgurante a Randall.

— ¿Por qué has dicho eso?

El joven se mostró tranquilo.

— ¿El qué?

—Eso de que... nos vamos a casar.

—Lo dije porque es la pura verdad. Nos casaremos antes de emprender el regreso a la Tierra y...

Marion le interrumpió apuntándole con el índice extendido.

—Te estás equivocando, Greg Randall.

El mayor se giró a Morales, Dutton, Gunderson y Trollope, que les estaban contemplando divertidos.

—Id saliendo —les ordenó, guiñando un ojo—. Y podéis empezar a pelearos por ser el padrino de boda.

Los cuatro hombres echaron a andar por el pasillo sin demasiada prisa.

Marión York esperó a que Randall volviera a darle la cara y cuando éste lo hizo, increpó:

—No tienes ni idea de cómo soy si piensas que...

Randall la atrapó por la cintura y, tirando bruscamente de ella, la besó con fuerza en la boca. Marión intentó debatirse al principio, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Aun a pesar suyo acabó correspondiendo a la caricia.

Cuando finalmente la soltó Greg, sus mejillas estaban ardiendo. El joven la contempló unos instantes y sonrió.

—El hielo ha empezado a fundirse, nena. Verás lo bonito que será todo cuando estemos juntos en...

— ¡Greg Randall...! —chilló Marión haciendo un contrariado mohín—. Yo no quiero casarme contigo.

— ¿Y con quién vas a discutir, entonces?

—No te hagas el gracioso, porque...

Greg no la dejó acabar la frase.

De nuevo la estrechó entre sus poderosos brazos besándola apasionadamente. Y tanto prolongó el beso que al soltarla tuvo que respirar con fruición la muchacha.

— ¿Sigues opinando lo mismo de la boda, nena? Marión le miró detenidamente y acabó murmurando sumisa:

—Creo… que me casaré contigo, bestia.

—Eso está mejor —rió abiertamente Greg—. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar rodeados de media docena de mocosos.

Ella también se echó a reír.

Volvieron a besarse con avidez.

Y entonces sintió Randall que alguien le tocaba el hombro.

—Están prohibidas esas efusiones aquí, mayor. Sorprendido giró la cabeza y se encontró frente a un flamante coronel de la Milicia Astral. Forzando una sonrisa, afirmó:

—Mi esposa y yo hemos estado mucho tiempo separados, coronel. Me perdonará si...

El coronel carraspeó:

—Siendo así..., pueden continuar.

Marión y Greg se alejaron, riendo, por el pasillo.

FIN